

# EL COLEGIO DE MÉXICO

## *Boletín* 168 *Editorial*

MARZO-ABRIL DE 2014



**Un privilegio llamado Mario Ojeda**  
Ana Covarrubias

**El profesor**  
Jorge A. Bustamante

**En memoria**  
Adolfo Castañón

**La conexión veracruzana**  
Francisco Gil Villegas

**Académico, creador de instituciones, amigo**  
Tonatiuh Guillén López

**Ciencia, conciencia y paciencia  
en la vida institucional**  
Andrés Lira

**Mi tutor**  
Jorge Alberto Lozoya

**La “tesis Ojeda”**  
Lorenzo Meyer

**El Compañero**  
Ricardo Pozas Horcasitas

**Un hombre institucional**  
José Luis Reyna

**Nuestro hombre libro**  
Fernando Serrano Migallón

**Mario Ojeda y sus amores**  
Celia Toro

**Bien hecho, a tiempo y con realismo**  
Blanca Torres

**Los orígenes de  
El Colegio de la Frontera Norte**  
Mario Ojeda



# Í N D I C E

Un privilegio llamado Mario Ojeda  
■ *Ana Covarrubias* ■ 3

El profesor  
■ *Jorge A. Bustamante* ■ 7

En memoria (1927-2013)  
■ *Adolfo Castañón* ■ 9

La conexión veracruzana  
■ *Francisco Gil Villegas* ■ 11

Académico, creador de instituciones, amigo  
■ *Tonatiuh Guillén López* ■ 17

Ciencia, conciencia y paciencia en la vida institucional  
■ *Andrés Lira* ■ 19

Mi tutor  
■ *Jorge Alberto Lozoya* ■ 21

La “tesis Ojeda”  
■ *Lorenzo Meyer* ■ 23

El compañero  
■ *Ricardo Pozas Horcasitas* ■ 25

Un hombre institucional  
■ *José Luis Reyna* ■ 27

Nuestro hombre libro  
■ *Fernando Serrano Migallón* ■ 29

Mario Ojeda y sus amores  
■ *Celia Toro* ■ 31

Bien hecho, a tiempo y con realismo  
■ *Blanca Torres* ■ 33

Los orígenes de El Colegio de la Frontera Norte  
■ *Mario Ojeda* ■ 35

Mi relación con Octavio Paz  
■ *Ricardo Pozas Horcasitas* ■ 39

---

EL COLEGIO DE MÉXICO, A.C., Camino al Ajusco 20, Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D.F. Tel. 5449 3000, ext. 3077

*Presidente* JAVIER GARCÍADIEGO DANTAN ■ *Secretario general* MANUEL ORDORICA ■ *Coordinador general académico* JEAN-FRANÇOIS PRUD'HOMME ■ *Secretario académico* ALBERTO PALMA ■  
*Secretario administrativo* ALVARO BAILLET ■ *Director de publicaciones* FRANCISCO GÓMEZ RUIZ ■ *Coordinadora de producción* GABRIELA SAID ■ *Editor* JUAN PUIG ■ *Coordinador de diseño*  
PABLO ANDRÉS REYNA LEÓN ■ *Coordinadora de promoción y ventas* NINEL SALCEDO ROMERO

BOLETÍN EDITORIAL, NÚM. 168, MARZO-ABRIL DE 2014  
Impresión: Reproducciones y Materiales, S.A. de C.V.  
Formación y diseño de portada: ROSALBA ALVARADO PEREZ  
ISSN 0186-3924

Certificado de licitud. núm. 11152 y de contenido, núm. 7781, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas el 15 de mayo de 2000; núm. de reserva 04 1999-112513491900-102.



## En honor de Mario Ojeda

En noviembre de 2013, el día 26, se celebró en El Colegio de México un homenaje en honor de Mario Ojeda. Poco antes había ocurrido el muy sensible fallecimiento del querido y admirado maestro. Se dieron cita un grupo nutrido y emocionado de compañeros, colegas, ex alumnos y alumnos de Mario Ojeda de El Colegio, la UNAM y otras instituciones, y también admiradores de su obra, por tantos puntos señera y muy influyente en el terreno del estudio de las relaciones internacionales de México y de su política exterior, en lo que toca a la fundación y promoción de instituciones de altos estudios, a la diplomacia en pro de la educación y a la defensa de la soberanía mexicana. Este número del *Boletín Editorial* de El Colegio reproduce algunas de las ponencias de ese día e incluye la alocución del propio doctor Ojeda en un aniversario de El Colegio de la Frontera Norte, todo con el ánimo de continuar homenajeando su imborrable memoria y celebrando su obra imperecedera. 

# Un privilegio llamado Mario Ojeda

Me siento muy agradecida de poder escribir algunas líneas sobre el profesor Mario Ojeda, de quien he aprendido mucho desde 1985, cuando fue mi profesor en la materia introductoria a las relaciones internacionales. Mi grupo fue uno de los últimos a los que impartió el curso, pues ese año asumió la presidencia de El Colegio de México, lo que sin duda le representó más trabajo. Desde entonces el profesor Ojeda me ha enseñado, en clase o mediante sus publicaciones y comentarios, relaciones internacionales y política exterior de México. Desde luego, el curso fue esencial para nuestra preparación como internacionalistas: nos introdujo a la literatura de la disciplina pero no sólo en su parte teórica, sino con una visión histórica muy importante. Así pues, aprendimos los conceptos y la “jerga” de las relaciones internacionales, y también historia internacional. El profesor Ojeda conocía muy bien una de las principales escuelas de la materia, el realismo político, pues había estudiado con uno de sus más distinguidos exponentes: Hans Morgenthau. Así que fuimos privilegiados de que fuera Ojeda quien nos enseñara esa perspectiva teórica; él mismo se sentía muy honrado de haber sido su alumno, y lo decía constantemente. Podría afirmar entonces, y creo que a nombre de varias generaciones de estudiantes de licenciatura, que fue el profesor Mario Ojeda quien nos abrió la puerta para iniciar el camino en esta especialidad.

Pero Mario Ojeda no sólo nos enseñó relaciones internacionales: su influencia en los estudiantes de El Colegio —y de otras instituciones— es quizá mayor en la materia de política exterior de México. *Alcances y límites de la política exterior de México* ha sido una lectura indispensable para todos los interesados en este tema. La famosísima fórmula Ojeda es citada generación tras generación, hasta

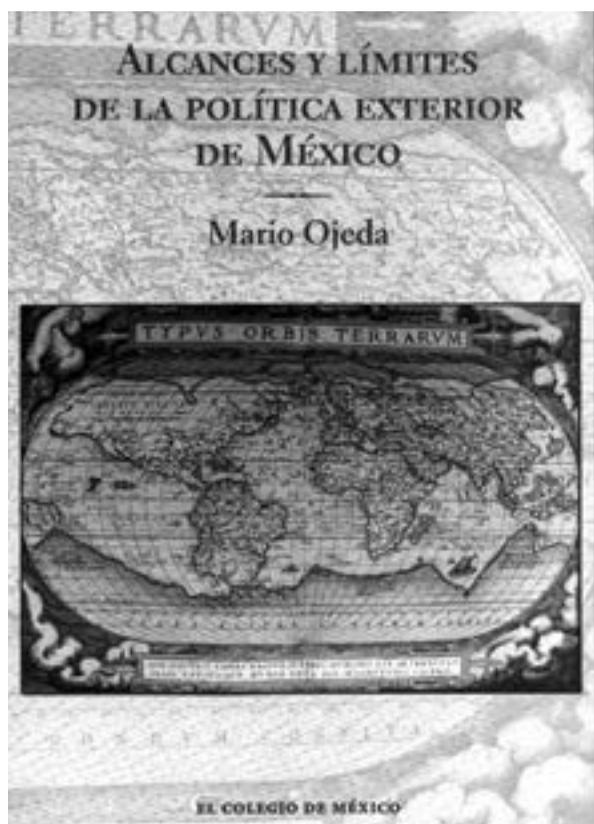
nuestros días, para explicar las relaciones entre México y Estados Unidos: “Los Estados Unidos reconocen y aceptan la necesidad de México a disentir de la política norteamericana en todo aquello que le resulte fundamental a México, aunque para los Estados Unidos sea importante, mas no fundamental. A cambio de ello México brinda su cooperación en todo aquello que, siendo fundamental o aun importante para los Estados Unidos, no lo es para el país.”<sup>1</sup> Dos ideas más utilizadas frecuentemente por estudiantes y académicos son la posición de México “dentro del perímetro geográfico que ha sido clasificado como el ‘imperativo categórico’ para la defensa de Estados Unidos” y el dilema de la política exterior: “Escoger —o conciliar— entre sus dos objetivos principales: mantener su línea antiintervencionista y no contravenir demasiado a los Estados Unidos.”<sup>2</sup>

*Alcances y límites*, como se conoce familiarmente, es sin duda el libro más completo e importante que se ha escrito sobre la política exterior del México de la posguerra porque provee información esencial, como la participación de México en la OEA, o las relaciones México-Estados Unidos, pero sobre todo porque lo hace de manera analítica. Es un estudio de relaciones internacionales y política exterior, lo que se pone de manifiesto a partir de la estructura misma del libro. El trabajo de Ojeda, por las razones ya mencionadas, toma mucho del realismo político: la geografía importa, y la geopolítica más, las asimetrías de poder, los equilibrios y el poder. Pero una virtud adicional es que también considera la política interna. Así pues, el libro es una combinación exitosa del realismo con la política interna como variables que explican y no sólo describen la política exterior de México.

\* Directora del Centro de Estudios Internacionales, El Colegio de México

<sup>1</sup> Mario Ojeda, *Alcances y límites de la política exterior de México*, México, El Colegio de México, 2001, p. 120.

<sup>2</sup> *Ibid.*, pp. 118-120.



*Alcances y límites* es un libro de Guerra Fría; examina esencialmente la política exterior de México en un mundo bipolar. En este sentido, y con las fuentes a su disposición, se trata de un análisis muy bien logrado. El reto, la herencia que nos deja Mario Ojeda es repensar ese análisis a la luz de nuevas fuentes. Esta tarea está pendiente, pero sospecho que muchas de sus posiciones iniciales, como las ya mencionadas, seguirán siendo válidas. El segundo reto que nos ha impuesto el profesor Ojeda, por el solo hecho de haber escrito *Alcances y límites*, es la elaboración de explicaciones rigurosas sobre la política exterior de México en la posguerra fría. Con base en la estructura de esta obra, ¿cuál es la estructura de poder en el mundo y el continente?, ¿cómo es la relación con Estados Unidos (sobre todo a partir de la firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte)?, ¿cuáles son los fundamentos y condicionantes políticos de la posición internacional de México?, ¿cuáles son los fundamentos económicos de la posición internacional de México? Mario Ojeda nos ha dado preguntas generales y fundamentales al mismo tiempo para continuar el estudio de la política exterior de México. Surgirán otras, desde luego, en consonancia con los cambios internacionales y nacionales desde el fin de la Guerra Fría. Mario Ojeda estará satisfecho de haber contribuido con el primer escalón para el análisis.



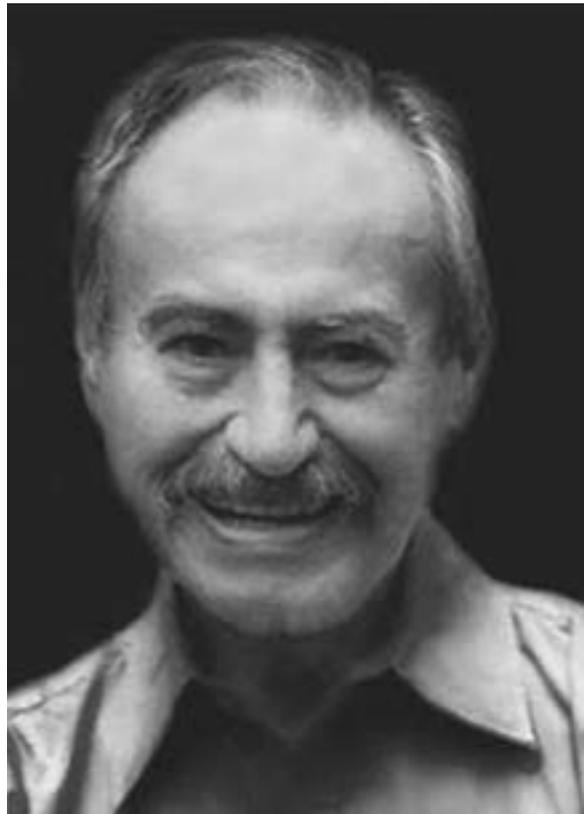
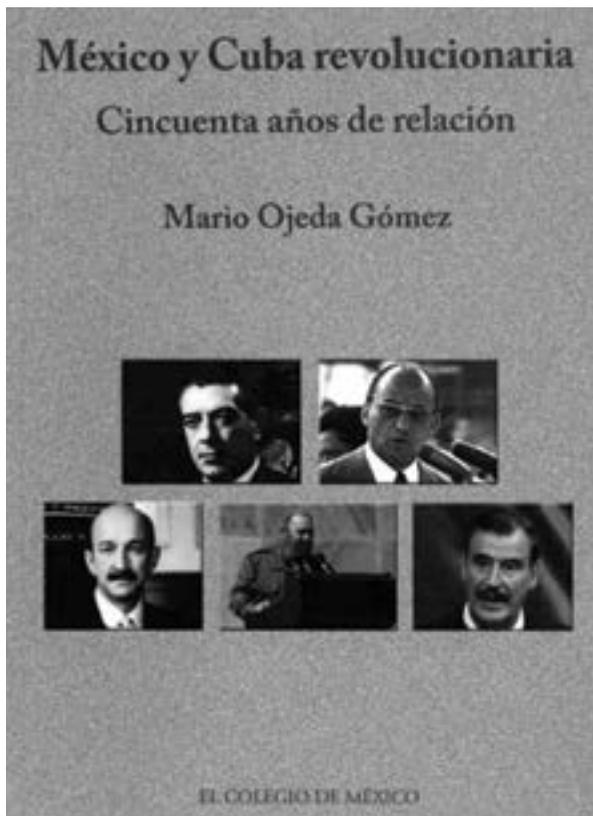
Guerra Fría, Muro de Berlín, 1961.

Aunque *Alcances y límites* es el libro más conocido de Mario Ojeda, no deben olvidarse sus trabajos sobre la política exterior de Luis Echeverría, José López Portillo y Miguel de la Madrid, *México: El surgimiento de una política exterior activa*,<sup>3</sup> y sobre Centroamérica: *La política de México hacia Centroamérica, 1979-1982* (con René Herrera),<sup>4</sup> y *Retrospección de Contadora / Los esfuerzos de México para la paz en Centroamérica, 1983-1985*.<sup>5</sup> En el primero encontramos otra de las ideas fundamentales que han moldeado el análisis de la política exterior de México: la de la política exterior activa. Aunque no se ha expuesto como “fórmula”, su influencia ha sido determinante. Quizá como continuación de *Alcances y límites*, *México: el surgimiento de una política exterior activa* actualizó el estudio de la política exterior partiendo de la comparación de dos posiciones: una actitud internacional (es decir, la falta de iniciativa) con la de una política exterior activa (entendiendo política como iniciativa). Así pues, Mario Ojeda argumentaba que México había contado con una actitud internacional hasta finales de los años sesenta caracterizada por la pasividad, la defensa y el uso de posiciones

<sup>3</sup> México, SEP, 1986.

<sup>4</sup> México, El Colegio de México, 1983 (Jornadas, 103).

<sup>5</sup> México, El Colegio de México, 2007.



Mario Ojeda

juridicistas. A partir de los años setenta, México optaría por una política activa; es decir, que tomara la iniciativa y “politizara” la política. Una vez más, podríamos reevaluar esta segunda gran *fórmula Ojeda* a raíz de nuevas fuentes, históricas y teóricas, pero esto no invalida su utilidad e influencia, no sólo en el estudio de la política exterior, sino, también, en la práctica política.

*México: el surgimiento de una política exterior activa y La política de México hacia Centroamérica (1979-1982)* contribuyen también al análisis de la política exterior porque presentan un tejido muy fino de causalidades: cómo cambios internos se vinculan con cambios externos para producir una política exterior activa o, al contrario, para resultar en un retraimiento de esa política. Se estudian así las consecuencias de la riqueza petrolera o de las crisis financieras en la política exterior, la influencia del modelo económico en el quehacer internacional de México, o las oportunidades que ofrecía lo que en ese momento se entendía como un mundo multipolar en el mismo quehacer.

En breve, Mario Ojeda nos ha dejado un legado importantísimo en materia de relaciones internacionales y política exterior. Además de los libros ya mencionados publicó un buen número de artículos y capítulos de libros hasta sus últimos años. Destacan, por ejemplo, “México y Cuba

revolucionaria / Cincuenta años de relación”<sup>6</sup> y “México y el conjunto de países llamados BRIC”<sup>7</sup>. La lectura de Mario Ojeda es indispensable para conocer la historia de la política exterior de México; de esto da cuenta el libro editado por Gustavo Vega, *Alcances y límites de la política exterior de México ante el nuevo escenario internacional / Ensayos en honor de Mario Ojeda*,<sup>8</sup> un homenaje más que merecido. Pero quizá más importantes son todas las fórmulas analíticas que elaboró y nos ha dejado para evaluar su utilidad y su vigencia para el estudio de la política exterior de un México y un mundo muy distintos de los de la segunda mitad del siglo xx.

Una última palabra sobre Mario Ojeda como colega: de él sólo recibí apoyo y generosidad. Un hombre con posiciones claras y de ideas firmes pero de trato cordial, sencillo y muy respetuoso. Extrañaré, sin duda, el sentido del humor de don Mario, agudo e inteligente, y su capacidad de tener un dicho y una anécdota para toda situación. Muchas gracias, profesor Ojeda, por lo mucho que nos dio como maestro y como colega. ☞

<sup>6</sup> México, El Colegio de México, 2008.

<sup>7</sup> *Foro Internacional*, vol. 50, núm. 2 (200), abril-junio, 2010, pp. 350-384.

<sup>8</sup> México, El Colegio de México, 2009.



Mario Ojeda

# El profesor<sup>1</sup>

No puedo dejar pasar la ocasión de referirme a un hecho luctuoso. Se trata del fallecimiento del profesor Mario Ojeda Gómez, este pasado 1 de noviembre [2013]. No sólo se trata de un sentimiento personal de pérdida con el que me solidarizo con Tilda, su esposa, y con su hijo e hijas, sino con la comunidad académica y administrativa de El Colegio de México y de la comunidad intelectual a nivel nacional en la que trascendió la vida y obra de uno de los grandes académicos de nuestro país. La muerte de Mario Ojeda tiene alcance nacional. Sin su inspiración y apoyo no existirían varias instituciones de alta educación y de investigación científica de nivel nacional e internacional. Desde luego, en primer lugar, me refiero a El Colegio de México, inconcebible sin la presencia de Mario Ojeda desde sus primeros años hasta el presente. Lo mismo se podría decir de otras instituciones que surgieron, crecieron y han adquirido importancia nacional e internacional como son El Colegio de Michoacán, El Colegio de la Frontera Norte, El Colegio de Sonora y otras que nacieron posteriormente.

El caso que más conozco es el de El Colegio de la Frontera Norte, con sede en Tijuana y con sucursales en las principales ciudades de la frontera norte de México. La visión intelectual con la que Mario Ojeda apoyó la creación de esta institución tuvo que ver con su experiencia personal de haber vivido la relación fronteriza desde su juventud en la frontera de Tamaulipas con Estados Unidos. Desde ahí, Mario Ojeda empezó a ver la realidad de la relación bilateral entre México y Estados Unidos, experiencia que lo llevó a acuñar el concepto de “asime-

tría de poder” como lo que mejor explica el pasado y el presente de la desigualdad en las cada vez más complejas relaciones entre los dos países. Con esa noción enfrente, Mario Ojeda apoyó la creación de El Colegio de la Frontera Norte en 1982; el papel que desempeñó el profesor Mario Ojeda, desde los antecedentes hasta los primeros años de vida de aquél, tuvo mucho que ver con su visión nacionalista de una descentralización de la enseñanza superior en México, a partir de una institución que respondiera a una demanda de investigación científica que produjera tanto los cuadros profesionales como los insumos para el desarrollo económico, social y cultural de la región fronteriza del norte de México.

Durante su permanencia en la sede de Tijuana insistió, frente a los fundadores y primeros investigadores de esa institución, en la observación y medición directa de las realidades de la relación fronteriza con Estados Unidos a partir del estudio y entendimiento profundo tanto de la historia de los primeros asentamiento humanos del lado mexicano como del quehacer de lo mismo del lado de Estados Unidos. Recuerdo con cariño y con agradecimiento su inclinación por conversar con grupos pequeños en los que escuchamos esa necesidad de estudiar y conocer la cultura política de los estadounidenses tan a fondo como si fuera la nuestra.

Pocos mexicanos se merecen el título de “maestro fronterólogo” como lo acreditó con sus ideas y en la práctica el profesor Mario Ojeda Gómez. Su importancia intelectual sólo se puede comparar con la calidad humana con la que él hizo amigos, discípulos y demás beneficiarios de un gran corazón tanto como de una gran cabeza. La vida de Mario Ojeda como profesional de la academia es y debe ser un ejemplo para todos los que vivimos de las actividades que dan lugar al desarrollo de lo que él entendió como proyecto de nación.

\* Profesor y fundador en El Colegio de la Frontera Norte, titular de la cátedra Eugene Conley en la Universidad de Notre Dame, Indiana.

<sup>1</sup> Jorge A. Bustamante, “El profesor Mario Ojeda”, “Opinión”, *Reforma*, 6 de noviembre de 2013, p.12.



Víctor L. Urquidi

Mario Ojeda nos enseñó con su vida lo que quiere decir un intelectual independiente que supo desdeñar las ofertas del poder gubernamental para mantenerse defendiendo como legítima una cierta separación entre el académico que comparte con independencia los resultados de sus investigaciones con los principales actores del gobierno, con

igual o superior compromiso con el interés nacional. El ejemplo que nos han dejado varios profesores de El Colegio de México como Mario Ojeda y Víctor Urquidi, llevó a la estelaridad la práctica de académicos tan independientes, llenos de honradez intachable en sus desempeños, y ésta es quizá la más importante aportación de El Colegio de México. **CS**

# En memoria

## (1927-2013)

Adon Mario Ojeda lo conocí en alguna reunión de la Junta de Gobierno del Fondo de Cultura Económica. Le tenía viva simpatía a su mirada inteligente y a su palabra exacta y directa, puntual. Luego, más tarde, me lo encontraba por los pasillos de El Colegio de México, del que había sido presidente (en una cadena iniciada por Alfonso Reyes, Daniel Cosío Villegas, Silvio Zavala, Víctor L. Urquidí), y la misma corriente —Max Scheler diría: “geometría”— se manifestaba entre nosotros. Sabía que, al fundar el Centro de Estudios Internacionales, Daniel Cosío Villegas, su maestro y el de Rafael Segovia, lo había enviado a Inglaterra, a Harvard, a consolidar su formación como internacionalista. Fue también secretario general de esa institución. Estoy seguro de que su aire británico y de caballero celta, su afelpada suavidad de maneras y su fineza y firmeza de *tweed* en el trato, lo traía de nacimiento y linaje, como si hubiese nacido naturalmente educado.

Publicó varios libros (*La protección de los trabajadores migratorios*, 1957; *México y América Latina*, 1974; *Las relaciones de México con los países de América Central*, 1985; *El desafío de la interdependencia: México y Estados Unidos*, informe de la Comisión Sobre el Futuro de las Relaciones México-Estados Unidos, 1989; *México antes y después de la alternancia política / Un testimonio*, México, El Colegio de México, 2004; *Retrospección de Contadora / Los esfuerzos de México para la paz en Centroamérica (1983-1985)*, México, El Colegio de México, 2007; *México y Cuba revolucionaria / Cincuenta años de relación*, México, El Colegio de México, 2008); numerosos artículos; pasó al estado escrito papeles y memorias, no siempre editados. Entre los libros, alguno sirvió durante años como libro de texto (*Alcances y límites de la política exterior de México*, 1976; *México: el surgimiento de una política exterior activa*, 1986), vale decir como puente de ideas y destrezas entre generaciones. Era respetado por sus puntos de vista sobre política internacional, ya no digamos nacional y municipal. Respetado

no sólo por los académicos sino por los diplomáticos en activo, en la banca o en retiro, y por las cancillerías no sólo locales.

Ojeda no fue carne ni pasto de embajadas. Tampoco se dejó seducir por las sirenas del periodismo ni menos por el tarareo de la opinión mediática: no era de los que asocian la plaza pública al mercado de la opinión. Su causa eficiente y casi diría su metabolismo era la dignidad y la probidad. Mario Ojeda era un hombre limpio como cortante acero en fina lámina de verdugillo, capaz de cortar y salir intacta. Esa entereza como de hombre de humanidades antiguas lo afinaba, a mis ojos, al personaje de Walter Pater que llevaba su nombre y acaso su ascua pensativa: Mario, *Mario el Epicuro*. Estuve a punto de decírselo varias veces, pero la timidez —esa diablilla mustia y más bien femenina— se hizo collar en la emoción de saludarlo cada vez. Tuvo, claro, amigos, discípulos: Rafael Segovia entre los primeros; Olga Pellicer, Jorge Bustamante, Lorenzo Meyer, Fernando Serrano Migallón entre los segundos.<sup>1</sup> Yo solamente fui su lector y su compañero

\* Academia Mexicana de la Lengua.

<sup>1</sup> Me permito reproducir algunas de las expresiones manifestadas por sus amigos-discípulos. Dijo Jorge Bustamante: “La muerte de Mario Ojeda tiene alcance nacional. Sin su inspiración y apoyo no existirían varias instituciones de alta educación y de investigación científica de nivel nacional e internacional. Desde luego, en primer lugar, me refiero a El Colegio de México, inconcebible sin la presencia de Mario Ojeda desde sus primeros años hasta el presente. Lo mismo se podría decir de otras instituciones que surgieron, crecieron y han adquirido importancia nacional e internacional como son El Colegio de Michoacán, El Colegio de la Frontera Norte, El Colegio de Sonora y otros que surgieron posteriormente”. (*Reforma*, 6 de noviembre, 2013, p. 12); Lorenzo Meyer escribió: “La ‘tesis Ojeda’ sostuvo que la estabilidad interna del sistema mexicano de la época requería mostrar que éste podía disentir de Estados Unidos en áreas que en la práctica le eran importantes pero no fundamentales, pero que, en los asuntos realmente importantes para el vecino



El Colegio de México, Guanajuato 125, colonia Roma, 1961.

del norte, no todos los gobiernos mexicanos le ‘brindarían su cooperación’ y colaborarían con sus agencias de inteligencia...” (Reforma, “Opinión”, 7 de noviembre, 2013, p. 12); Fernando Serrano Migallón dejó dicho: “Ojeda, nacido en el estado de Veracruz, era un hombre de montaña con vistas al mar; un hombre de altísimos vuelos intelectuales, acostumbrado a ver el mundo desde la perspectiva privilegiada que su formación e inteligencia le proporcionaban y, al mismo tiempo, era un hombre para el que las fronteras no eran sino líneas imaginarias construidas por la historia y la conveniencia; apenas nada para quien sabía desempeñarse con soltura y comodidad entre todas las culturas. Es muy significativo que Ojeda haya presidido El Colegio de México entre 1985 y 1994, toda una época en la que se fincaron las bases de muchos de los logros que hoy distinguen al Colmex, significativo porque de aquella Casa de España, cuyas puertas abriera Alfonso Reyes como un gesto de diálogo, madurez y convivencia con otras latitudes, haría Ojeda también un centro de conocimiento del mundo como fundador del Centro de Estudios Internacionales de El Colegio de México.” (Excelsior, 7 de noviembre, 2013, p. 8).



ocasional de viaje en las escalas del tiempo. Su dignidad intelectual me hace pensar en la integridad vehemente de Luis Cabrera, en la reciedumbre nacionalista e ilustrada de un Marte R. Gómez, en la claridad matemática y la severidad de Daniel Cosío Villegas, Alfonso Reyes u Octavio Paz. Lo veo sonreír sobre el tablero de las divagaciones políticas como quien anticipara la jugada del adversario dos veces y lo viera con ojos de regreso. No sólo era de los que siembran con su voz y su letra. Mario Ojeda era de los que polinizan con su ejemplo.

En alguno de sus escritos Hipócrates dice que los discípulos de un maestro, al morir éste, tienen el deber filial de ocuparse de la viuda y de los huérfanos deudos como si fueran suyos. Aunque no fui su discípulo directo ni paisano de su campo de estudios, apenas su lector y amigo lejano, escribo estas líneas para saludar su paso por la tierra como el gallo que a veces canta antes de que amanezca. 

## La conexión veracruzana

Agradezco a los organizadores de este merecido y sentido homenaje a la memoria del muy querido profesor Mario Ojeda por haberme invitado a participar en él, lo cual considero una valiosa distinción.

En más de una ocasión se llegó a decir que Mario Ojeda se caracterizaba por su “espíritu crítico y mesurado”, o bien por su “cautela, sentido común, prudencia y sabiduría diplomática”, o bien por su pronunciada vocación internacionalista y abnegada labor al servicio de la administración de El Colegio de México, institución donde desempeñó durante más de medio siglo las tareas y funciones de profesor-investigador, director del Centro de Estudios Internacionales, secretario general, coordinador académico general, presidente y profesor emérito. Aunque en todas estas versiones hay mucho de cierto, considero personalmente que la mejor caracterización de su persona la dio él mismo al recibir su nombramiento como presidente de El Colegio de México, lo que interpretó como un mandato para:

[...] dar continuidad a una obra cercana al medio siglo, dentro de la práctica que evita la grandilocuencia y procura la efectividad [...]

Las empresas desmedidas y los cambios radicales no serán parte de mi gestión. Constituimos una institución académica que privilegia la moderación [...] En consecuencia, espero poder salvaguardar, con el concurso de todos ustedes, nuestra valiosa herencia [...] Pero ello no quiere decir que debemos desterrar el espíritu de innovación que la ha caracterizado. Todo lo contrario. Ahora más que nunca, en esta época de crisis, debemos ser innovadores [pues] la historia nos enseña que son justamente los períodos de crisis los que han estimulado al hombre para encontrar fórmulas de superación (citado en Josefina Zoraida Vázquez, *El Colegio de México, Años de expansión*, Jornadas 118 de El Colegio de México, pp. 224-225).

Agreguemos algunos ingredientes más: tradición innovadora con autoridad basada en la prudencia y la sapiencia, solidaridad y compañerismo con sus colegas, transmisión de las formas y criterios de investigación a sus alumnos y las futuras generaciones, lo cual realizó hasta con sentido del humor y siempre con una generosa crítica constructiva orientada a moderar los ímpetus y excesos en los que a veces incurrieran sus colegas y alumnos, ya sea como críticos o como defensores del sistema político mexicano. Exigencia de rigor y excelencia académica, pero con pragmatismo para adaptarse a los riesgos y desafíos de la revolución tecnológica e informativa, pero siempre con la mira puesta en apoyar sobre ellos la vocación eminentemente humanista y académica. Y, por último, trabajar con altruismo en puestos administrativos para la comunidad colegiada, con el fin de que otros pudieran disfrutar de la seguridad, la tranquilidad y los recursos para llevar a cabo y sin zozobra sus tareas de investigación y docencia.

Ya desde su primera obra, *La protección de los trabajadores migratorios*, presentada en 1957 como tesis de grado en la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, Mario Ojeda abordó un tema de vanguardia en el estudio de las relaciones internacionales de México, no sólo por la naturaleza intrínseca del tema, sino también por la metodología de la investigación, la cual procuraba privilegiar más la atención a los factores políticos y socioeconómicos de la relación bilateral entre México y Estados Unidos que al aspecto estrictamente jurídico de la misma, según ocurría hasta entonces en el paradigma dominante del estudio de las relaciones internacionales en el México de los años cincuenta.

La tendencia a contraponer a ese paradigma jurídicista dominante otro enfoque, más bien politológico, que privilegiara la atención a los factores reales del poder, se vio reforzada en 1960 cuando Daniel Cosío Villegas

\* Centro de Estudios Internacionales, El Colegio de México.



Daniel Cosío Villegas

incluyó a Mario Ojeda en el programa de becarios en el exterior, para la formación de la planta de profesores del Centro de Estudios Internacionales de El Colegio de México. Con una de esas becas, Mario Ojeda viajaría a la Universidad de Harvard, y ahí estudiaría a principios de los años sesenta no tan sólo el *Politics among Nations* de Hans Morgenthau, obra fundacional del análisis contemporáneo de las relaciones internacionales con base en el enfoque del realismo político, sino también otras obras tan importantes del mismo enfoque como son *La estrategia del conflicto* de Thomas Schelling, o la *Teoría contemporánea de las relaciones internacionales* de Stanley Hoffmann.

De esas consultas, que pueden encontrarse ya en los primeros artículos de Mario Ojeda publicados en la revista *Foro Internacional*, sobresale también la referencia verdaderamente vanguardista en México a un libro de 1958 de Henry Kissinger (*Nuclear Weapons and Foreign Policy*), cuando éste todavía se encontraba muy lejos de ser el gran diplomático de la era de Nixon.

A su regreso a México en julio de 1962, Cosío Villegas nombró a Mario Ojeda director del Centro de Estudios Internacionales de El Colegio de México, y él decidió, en alianza estratégica con su colega Rafael Segovia, emprender la reforma del plan de estudios de la Licenciatura en



Hans Morgenthau

Relaciones Internacionales para otorgarle una atención especial “al ámbito internacional real de México” con el fin de dar entrada, en palabras del propio Mario Ojeda:

[...] a un mayor interés por las regiones aledañas, los Estados Unidos y lo propiamente nacional. Y así surgieron cursos como Historia de México independiente, Gobierno y proceso político de México, Política exterior de México y Relaciones económicas de México, materias —las tres últimas— que sentaron precedente en el país.

En 1987, con motivo de la celebración de los 25 años de la fundación del Centro de Estudios Internacionales (CEI), Mario Ojeda recordaba así cómo con esas innovaciones “molestaron al principio a don Daniel, pero con el tiempo las aceptó como una necesidad, al grado de que en sus últimos años de vida él mismo incursionó en el campo del análisis del sistema político mexicano, título que dio a uno de sus libros” (*Foro Internacional*, 107, enero-marzo de 1987, p. 343).

La gran empresa de formar una nueva escuela de análisis de la política exterior de México, con fundamento en un enfoque metodológico de realismo político, estaba ya en marcha. Al nuevo enfoque de investigación internacio-



Universidad de Harvard, Teatro Sanders.

nalista, adaptado a las necesidades específicas de México, contribuyó de manera muy especial el reclutamiento, bajo la dirección de Ojeda, de profesores como Olga Pelli- cer, Bernardo Sepúlveda, Porfirio Muñoz Ledo, Lorenzo Meyer y Rosario Green, esta última incorporada entre los alumnos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, donde Mario Ojeda se esmeraba también en cuidar sus cursos de teoría de las relaciones internacionales.

La vocación diplomática y latinoamericana de Mario Ojeda puede corroborarse también por los diversos egresados del CEI provenientes de Centroamérica o del Caribe, quienes encontraron solidaridad y una mano amiga en el profesor Ojeda para adaptarse a la vida de nuestro país. Entretanto, la configuración en México de una nueva escuela de análisis de la política exterior seguía su marcha.

En efecto, en un artículo pionero sobre el estudio de las relaciones internacionales en México, aparecido en *Foro Internacional* en 1964, Mario Ojeda justificaba la autonomía de la disciplina por tener un campo de estudio propio y una clara delimitación frente a otras ciencias sociales con las que guarda estrecha relación sin perder por ello su clara identidad como disciplina independiente. Esa autonomía se alcanzó sobre todo por consideraciones de tipo práctico, por “reformas introducidas desde abajo” y no tanto como resultado de elaboraciones teóricas. El intento de fundamentar teóricamente el estudio de las

relaciones internacionales debería de hacerse, en todo caso, en un sentido más modesto, mesurado y realista, creando “un cuerpo de hipótesis de trabajo” o “modelos teóricos de análisis” para organizar la investigación con mayor solidez y elaborar así una guía de estudio del complejo ámbito de las cuestiones internacionales.

Más aún: con el fin de delimitar los distintos grados de análisis de un enfoque internacionalista, resultaba imprescindible distinguir el vasto campo de las relaciones internacionales, en general, del ámbito más manejable y circunscrito de la política internacional y del todavía más delimitado ámbito de la política exterior.

Fruto de esa delimitación de funciones sería la aparición en 1976 de la primera edición de *Alcances y límites de la política exterior de México*, obra que sintetiza el resultado de avances parciales de investigación, publicados por Mario Ojeda a lo largo de más de una década en diversas revistas especializadas, capítulos de libros y compilaciones, en los que se puso a prueba la validez del estudio interdisciplinario con elementos de economía e historia, subordinados a una perspectiva de realismo político, para configurar el estilo característico del nuevo enfoque para analizar la política exterior. Esta escuela, inédita, fue la compartida a partir de la década de los años setenta por todos los internacionalistas mexicanos que habían recibido la misma formación básica en



Veracruz, el Malecón, ca. 1960.

el encuadre del realismo político, con el fin de analizar diversos aspectos coyunturales de la política exterior de México en términos del objetivo de incrementar o salvaguardar el margen de autonomía estatal, medido éste por el éxito alcanzado en el fortalecimiento de la “política exterior independiente”, la “política exterior activa” o la “diversificación de las relaciones con el exterior”. Los libros de Mario Ojeda, tanto el ya citado, como *México: el surgimiento de una política exterior activa*, aparecido en 1986, cuando Mario Ojeda ya era presidente de El Colegio de México, se erigieron en los pilares para fundamentar aportaciones posteriores de esa misma escuela. Las diferentes generaciones de internacionalistas formados en México, independientemente de la universidad donde hubieran estudiado, tenían una base compartida, entre otras cosas porque los análisis de Mario Ojeda en materia de política exterior constituyeron una parte fundamental de sus lecturas formativas.

Y, en efecto, lo mismo en El Colegio de México, que en la UNAM, la Universidad Iberoamericana, CIDE, FLACSO, el IMRED, El Colegio de la Frontera Norte, Puebla, Querétaro, San Luis Potosí, Guadalajara, Monterrey o Xalapa, o en varios países latinoamericanos donde se emprenden estudios de política exterior, el estilo de análisis creado por Mario Ojeda desde la década de los años sesenta se encuentra presente de una u otra manera: a veces predomina, a veces se combina con otros enfoques y estilos analíticos, a veces está en minoría, en otras no aparece directamente

con su nombre, pero sí con su terminología. Pero de cualquier manera, casi siempre acaba por aparecer un justo y merecido reconocimiento a la enorme influencia formativa de sus textos entre prácticamente todos los que hayan obtenido en México un título académico de relaciones internacionales.

\* \* \*

Para el homenaje de hoy, sin embargo, una vez que ya sido hecha la imprescindible valoración de la importancia académica de la obra de Mario Ojeda como internacionalista, me centraré más en la relación personal que tuve con el querido profesor Ojeda, atendiendo con ello a una solicitud que Tilda, su distinguida esposa y también sus hijos, Lina, Paloma, Mario y Diana, nos hicieron a varios de nosotros a principios de este mes con respecto a lo deseable que sería dejar por escrito algunas de las anécdotas del profesor Ojeda, y que, en el caso de las que yo atesoro, reflejan fielmente su finísimo sentido del humor.

La primera persona de El Colegio de México que conocí fue precisamente al profesor Ojeda, y en ello fui muy afortunado. Al terminar mis estudios de bachillerato en el puerto de Veracruz llegué a la ciudad de México con la intención de inscribirme en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, pero incidentalmente le pregunté a mi hermana Marta Cecilia, quien ya estudiaba allí, si había oído hablar de El Colegio de México, ya que el director

de mi preparatoria me había sugerido que solicitara una beca para cursar en él la carrera y yo había declinado la invitación porque su plan de estudios de licenciatura no estaba incorporado a la UNAM. Mi hermana me dijo que había cometido un grave error, porque ella y los mejores estudiantes de la Facultad de esa época, entre los que estaban Romana Falcón, Gloria Leff, Javier Garciadiego, Santiago Portilla, Jaime José Serra Puche y Ulises Beltrán, tenían pensado ingresar precisamente a El Colegio después de terminar sus estudios de licenciatura. Como el tiempo previsto para presentar los papeles para el concurso de ingreso ya había pasado, le pedí ayuda a mi padre. En una primera instancia me dijo que no conocía a nadie, pero cuando le insistí sobre la importancia de la beca, me dijo: “Bueno, conozco a alguien, pero no sé si sea la persona más indicada para ayudarlo, de todos modos pregunte ahí por Mario Ojeda y dígame que le mando saludos.”

Así llegué una tarde de principios de agosto de 1971 a Guanajuato 125 en la colonia Roma y pregunté en el mostrador de la recepción “si conocían a Mario Ojeda”. Por la respuesta de Ana Luisa, quien era la recepcionista, me percaté inmediatamente que Mario Ojeda era mucho más importante en El Colegio de México de lo que me había sugerido mi padre. Y tuve la buena suerte de ser recibido inmediatamente por él en su cubículo del quinto piso esa misma tarde. Al informarle que el motivo de mi visita era ver si todavía podía presentar mis papeles, que en ese momento ya llevaba conmigo, para el concurso de ingreso a la licenciatura, se sorprendió que viniera del puerto de Veracruz con un promedio de diez y nos pusimos a hablar del puerto y de la política veracruzana. De vez en cuando el profesor Ojeda intercalaba preguntas con respecto a, por ejemplo, que periódicos leía, o por qué me interesaba estudiar relaciones internacionales en El Colegio o si podía leer inglés o francés. Cuando terminó la plática, después de reírnos un poco de que un connotado priista veracruzano había fracasado en su intento de madrugarse al presidente Echeverría para lanzarse de candidato del PRI a la gubernatura del estado, el profesor Ojeda me dio la fecha para presentar el examen de conocimientos generales y la fecha para dos entrevistas, una con Olga Pellicer y otra con Ricardo Valero.

Le recordé que me había dicho que el requisito de ingreso eran tres entrevistas, a lo cual me informó, sonriendo, que la primera me la acababa de hacer él en ese preciso momento y que mis respuestas habían sido satisfactorias, salvo porque le respondí que el periódico que leía era *El Dictamen* de Veracruz, el “decano de la prensa nacional”. A mi reproche de que era un muy buen periódico, me respondió que los otros profesores del CEI o no lo conocían o podían estar en desacuerdo con mi veredicto, a lo cual todavía respondí intentando ser irónico “¿que así de ignorantes son por acá en la capital, profesor?”. Cuan-

do me vio directo a los ojos me percaté de su irónica complicidad, y me respondió: “Pues ya lo ve, sólo yo sé por aquí la importancia de la cobertura internacional de *El Dictamen* que, por cierto, es una de mis principales fuentes secretas de información, pero usted tiene que ponerse a leer desde hoy el *Excelsior* y *El Día*, además no vaya a andar preguntando por ahí quién es veracruzano y quién no, porque si lo son se va a dar cuenta de ello a las primeras, y si no lo son, ¿para qué los ofende?”

Finalmente para despedirnos y ya de pie a la puerta de su cubículo me hizo otra pregunta que aparentemente requería una gran erudición en la historia diplomática del país, pero que en el fondo era más bien para constatar si era cierto que tomaba café en *La Parroquia*. “A ver si es cierto que lee lo que dice que lee: ¿cuáles fueron las primeras declaraciones que hizo el embajador veracruzano en Londres, Heriberto Jara, al ser el primer embajador que no llegó ahí por barco sino en avión?”, y le respondí a su plena satisfacción: “Cuando estaba bajando por la escalinata del avión y vio el nublado y frío cielo de Londres, exclamó: ‘¡Pa’ su mecha!, hay norte en Veracruz.” A lo que me respondió: “Muy bien, eso confirma que como centro del mundo es más importante nuestro puerto que el observatorio de Greenwich.”

A partir de ahí se gestó un estrecho vínculo personal basado en nuestra complicidad veracruzana; a veces me saludaba preguntando: “Maestro Gil, ¿qué dice *El Dictamen* sobre la próxima vista del presidente Echeverría a la ONU?” Pero también me pidió que lo mantuviera informado sobre cómo me iba en los cursos de González Navarro y Ario Garza Mercado; al semestre siguiente me informó que, aunque mi promedio no era malo, esperaba más de mí y que prestara especial atención a los cursos de Lorenzo Meyer y Adolfo Mir; así como después me solicitó que me esforzara especialmente en el curso de Luis Székely, quien había sido su compañero en Harvard. Cuando le pedí al final de la carrera que fuera mi director de tesis, pero que yo quería hacerla sobre Libia y Arabia Saudita, él fue quien me sugirió que lo mejor era aprovechar los recursos de El Colegio y que mejor le pidiera a Manuel Ruiz Figueroa que fungiera como director, pues él sí era un especialista en ese tema.

Hay muchos otros aspectos que podríamos recordar hoy del muy querido profesor Ojeda, especialmente su compromiso y responsabilidad institucionales con El Colegio de México, aunque hay poco tiempo. No puedo dejar de mencionar, sin embargo, que unos cuantos días antes de tomar posesión como presidente de El Colegio de México, en aquel memorable 20 de septiembre de 1985, nos comunicó al profesor Segovia, a René Herrera y a mí su enorme preocupación por cerrar las heridas que había dejado en la comunidad la huelga de 1980, y que para ello pensaba nombrar directores en los centros en



Guanajuato 125, ca. 1972.

que había habido una fuerte oposición a la presidencia de Urquidi. Y creo que en esto sí consiguió su propósito de eliminar enconos al poner el interés institucional por encima de las diferencias personales en el seno de nuestra comunidad. También me tocó ser uno de sus confidentes cuando, entre 1986 y 1987, las autoridades de El Colegio tuvieron serias dificultades para pagar la nómina, lo cual a veces se hacía con préstamos que otorgaba el Banco del Atlántico. Como consecuencia de ello fue que el profesor Ojeda tuvo la iniciativa de crear nuestro Fondo Patrimonial, pues tal y como me lo dijo ya personalmente en una ocasión: la administración anterior nos había dejado desprotegidos en lo que se refiere a fondos especiales para una emergencia.

También en este sentido, Mario Ojeda siempre nos hizo ver que El Colegio de México era una especie de milagro en el contexto nacional, de lo cual muchas veces algunos de sus miembros no se daban claramente cuenta, o de sus dimensiones, numéricamente muy pequeñas en comparación con otras instituciones, o bien de lo jóvenes que seguían siendo algunos de nuestros centros y planes de estudios, cuyos fundadores y forjadores, como en el caso del CEI, convivían cotidianamente con los investigadores más jóvenes a quienes ellos habían formado y educado. Por ello le dolía mucho que algunos egresados “patearan el pesebre” como solía decir. Y desde esta pers-

pectiva nunca perdonó a un egresado de El Colegio, aunque no había sido su alumno, que en medio de la huelga del 80 publicara un sonado artículo de periódico con el título de “*Gudbai Colegio*”. A otros los recriminó por cosas parecidas en otros ámbitos. Tal fue el caso de mi antiguo condiscípulo Adolfo Aguilar Zinser, a quien en Harvard el profesor Ojeda le recordó que El Colegio era la institución que lo había formado y dado muchas oportunidades, lo cual sirvió para que Adolfo recapacitara y le otorgara la razón al profesor Ojeda en este aspecto, algo que hablará bien de él a la posteridad.

En muchos otros aspectos el legado del profesor Ojeda se expresó, por ejemplo, en su recomendación para que hiciéramos lo posible por publicar en las revistas de El Colegio, especialmente en *Foro Internacional*, o en su sugerencia de que no cambiáramos demasiado la portada de este tipo de revistas para no perder su identidad, o bien que nos esforzáramos en dirigir buenas tesis e impartir buenos cursos. Fue precisamente durante su gestión como director del CEI cuando se instituyó el requisito de la tesis y el examen de grado para obtener el título de licenciatura, pues en la primera promoción no estaba considerada esta condición para obtener el título, y el primer egresado de licenciatura en presentar una tesis así, en diciembre de 1966, fue Jorge Alberto Lozoya, probablemente el discípulo más querido y respetado por el profesor Ojeda. Frecuentemente nos platicaba cómo no sólo Jorge Lozoya se examinó ahí, sino también él mismo, ante la mirada con impertinentes de María del Carmen Velázquez, una profesora de historia sentada en primera fila, quien no estaba de acuerdo con que se presentaran tesis en la licenciatura de El Colegio de México. Por otra parte, el profesor Ojeda me pidió personalmente en una ocasión que apoyara a El Colegio de la Frontera Norte no sólo como profesor, sino también como evaluador externo para sus programas docentes y de investigación, de lo cual no me dejarán mentir mis queridos amigos aquí presentes, Lina Ojeda y Tonatiuh Guillén.

Mario Ojeda se caracterizó por un espíritu crítico y mesurado, de efectividad sin grandilocuencia, de solidaridad comunitaria con las generaciones futuras, de responsabilidad institucional, de amplitud de criterio, habilidad diplomática y continuidad innovadora, pero sin rupturas radicales, y con la suma de todas esas cualidades consiguió impulsar y salvaguardar El Colegio de México, institución en la cual todos salimos beneficiados del creativo esfuerzo de un empresario educativo y un dirigente académico de arraigada vocación internacionalista, en la cual se distinguió como investigador, maestro, director y presidente. Por ello siempre recordaremos con cariño, respeto y admiración a nuestro querido profesor emérito Mario Ojeda, quien nos va a hacer mucha falta a todos en El Colegio de México, pero especialmente a quienes estamos en el Centro de Estudios que él forjó al lado de Rafael Segovia.

## *Académico, creador de instituciones, amigo*

**P**ara mí es una especial distinción participar en este merecido homenaje dedicado a la persona excepcional y al distinguidísimo académico que fue el profesor Mario Ojeda Gómez. En primer término, en nombre de El Colegio de la Frontera Norte y de su comunidad, expreso al profesor Mario Ojeda y a su familia nuestra gratitud, el mayor respeto y nuestro sincero afecto. También, nuestra solidaridad con El Colegio de México.

Por muchas razones, la memoria del doctor Ojeda estará siempre inscrita en la historia de El Colegio de la Frontera Norte, en su misión institucional y en el modelo de generar conocimiento para el servicio del país. Como ustedes saben, la creación de El COLEF se debe a la fuerza y empeño de otro gran personaje y académico ejemplar: el doctor Jorge A. Bustamante, además del doctor Mario Ojeda, junto con otras relevantes personalidades que por ahora no refiero. Estos dos liderazgos académicos confluyeron en la misma ruta. Cada quien con su estilo, cada quien con tareas distintas y en frentes cercanos, los dos avanzando en el mismo objetivo de crear y consolidar El Colegio de la Frontera Norte. Comentaré enseguida algunas pistas que describen ese fino tejido de vida y voluntades.

Una franja relevante de la actual agenda de investigación de El COLEF, y que ha sido esencial desde su origen, está cercana al pensamiento y a la vida misma del doctor Ojeda. Tres temas lo ejemplifican: la migración de mexicanos hacia Estados Unidos por razones laborales, la frontera norte mexicana y sus sociedades, y la relación bilateral entre ambos países. Podría decirse que el destino quiso que parte importante de la vida de Mario Ojeda se convirtiera en objeto de conocimiento, en agenda de investigación, y, poco tiempo después, que ese objeto se transformara en una institución completa: el actual COLEF. Hay mucho de don Mario plasmado en nuestra institución de hoy día. El

destino así lo quiso, si reconocemos un mundo sujeto a todas las posibilidades y cambios. Pero también es cierto que así lo quiso el creativo empecinamiento de don Mario y su biografía. Lo explico.

En su fructífero camino, don Mario Ojeda tuvo una poderosa experiencia durante su etapa como joven migrante, con limitados recursos, obligado a sobrevivir con poco dinero y a realizar sus estudios, primero en Canadá y después en Estados Unidos. Este periodo le hizo sentir en carne viva el significado social y nacional de la migración de los mexicanos hacia el norte y las duras condiciones de un mercado laboral con grandes dosis de injusticia. Conocer esta realidad y dar la pelea por transformarla se convirtió entonces en parte de su vida y en fundamento de su conciencia cívica, además de objeto destacado entre su análisis académico. Adicionalmente, como hombre de acción, don Mario Ojeda transformó aquella experiencia en un eje de sus iniciativas de política pública, postuladas desde su amplia perspectiva de las relaciones internacionales de México. No es circunstancial que la tesis de licenciatura del doctor Ojeda fuera dedicada a la protección de los trabajadores mexicanos en Estados Unidos. Nada menos: ésta es una obra relevante y pionera, que sentó las bases de su reflexión sobre la temática, condensando rubros que hoy forman parte sustantiva de la agenda de investigación de nuestro Colegio fronterizo.

Desde mi acotada perspectiva, esa experiencia juvenil de don Mario Ojeda, como trabajador y estudiante “al otro lado”, configuró una parte fundamental de lo que él llegaría a encarnar como académico e impulsor de instituciones. Así lo reflejan sus iniciativas en El Colegio de México y particularmente las dirigidas a El Colegio de la Frontera Norte. En esa experiencia juvenil quedó sembrada la migración laboral, las relaciones bilaterales, la frontera norte, por citar lo más evidente entre sus mate-

\* Presidente de El Colegio de la Frontera Norte.



El Colegio de la Frontera Norte, Tijuana, B.C.

rias de estudio. Ahí también fraguó su nacionalismo y ese particular ánimo por servir al país desde la trinchera del conocimiento. Es manifiesto que ese poderoso espectro de vida y de temas encarnó años después en El Colegio de la Frontera Norte. En el fondo de ambas historias reluce una continuidad virtuosa, entre la persona, las ideas y nuestra institución. La visión pionera de don Mario fue una valiosa semilla que ha dado importantes frutos.

De esta manera, la relativamente larga temporalidad entre el joven Mario Ojeda y los 32 años de existencia que hoy tiene El COLEF parecería dibujarse de antemano. Es comprensible que el dibujo no haya sido lineal ni perfecto, como también es cierta su excepcional coherencia. Fue otra gran persona quien tradujo el boceto y las semillas en materia viva: el doctor Jorge A. Bustamante. Había que sembrar, abonar, insistir en el cuidado, procurar el riego, ampliar el campo. Por esta razón, para la historia de El COLEF es clave el momento cuando se conocieron Mario Ojeda y Jorge Bustamante. Su encuentro puede listarse como piedra angular en la evolución de nuestras instituciones. Fue entonces cuando en El Colegio de México surgieron como legítimos objetos de estudio la frontera norte y la migración, pese a los escepticismos de un centralismo intelectual que no apreciaba su trascendencia. Mediante ese encuentro también nos fue transferida una tradición inscrita en el código genético de El Colegio de México, de la que forma parte la ética intelectual, la sana distancia con el poder político, la excelencia científica y académica, el rigor por la objetividad, entre otros valores que también encarnaba don Mario Ojeda.

Generoso y de gran talento, el doctor Ojeda fue parte activa de esa transición que en 1982 creó el Centro de Estudios Fronterizos del Norte de México, el antecesor del actual COLEF. No vi a don Mario en ese preciso momento, pero me resulta obvio imaginarlo con sus ojos de mirada brillante y su abierta sonrisa, sabiendo que con

aquel Centro de Estudios se materializaba alguna parte de su historia personal: migración, frontera, el vecino país del norte, el Centro de Estudios, El Colegio de la Frontera Norte. En esos puntos puede aún palpase aquel hilo que comenzó a tejerse en la juventud del profesor Mario Ojeda. Se explica así que desde siempre don Mario fuera cercano al COLEF y viceversa. Siempre nos hizo ver cuánto quería a nuestra institución y a su comunidad, siempre buscando maneras de hacerla crecer y ampliar sus horizontes, siempre encontrando las palabras de aliento y estímulo. Lo recuerdo, con su rostro pleno de satisfacción, recorriendo las instalaciones del COLEF y conociendo sus avances. La semilla había sido más que fructífera.

Para muchos de nosotros, alguna vez jóvenes investigadores y en un Colegio de la Frontera Norte que iniciaba sus primeros pasos, el doctor Ojeda fue un indiscutible modelo. Además, una persona con quien disfrutar su compañía en cada oportunidad. Era sensacional escucharlo en corto, charlando sobre lo serio y sobre lo no tan serio con igual picardía y desbordado ingenio. Quería al Colegio, y nosotros también aprendimos a quererlo a él de inmediato. Reconozco que hoy comprendo mejor esa cercanía entre la vida de Mario Ojeda y una institución como El Colegio de la Frontera Norte: comprendo mejor las razones de ese intenso encuentro y de sus emociones, las muchas que nos regaló y las otras que nos permitió advertir, unas discretas y otras explícitas como su cálida persona. Comprendo, además, que El COLEF, de varias maneras, le hablara de sí mismo. La modestia y sencillez de don Mario no le permitieron decirlo, pero cabe reconocer la confluencia entre su biografía y el surgimiento de El Colegio de la Frontera Norte.

Por lo anterior, y mucho más, hoy rendimos justo homenaje al distinguidísimo académico, a la persona creadora, al entrañable amigo.

Mil gracias por todo, don Mario. 

# Ciencia, conciencia y paciencia en la vida institucional

**M**ario Ojeda llegó a El Colegio de México contratado por Daniel Cosío Villegas para participar en un ambicioso proyecto de renovación y crecimiento institucional, del que fue protagonista y agudo testigo. Acuñó frases que han servido para marcar situaciones y deslindar tiempos. Díganlo, si no, estas palabras de Luis González:

Según Mario Ojeda, hombre clave del Colmex a partir de su tercer sol, El Colegio de México pasa en un tris del status de gran familia al status de universidad.<sup>1</sup>

Se refiere al momento en el que, por decreto del 7 de noviembre de 1962, El Colegio de México fue reconocido como escuela de tipo universitario, con facultades para impartir conocimientos conforme a planes de estudios propios y con entera libertad en las cuestiones administrativas. Entonces Mario Ojeda se desempeñaba como director del Centro de Estudios Internacionales, recién creado y cuya primera promoción, la de 1961, cursaba el primer y hasta ahora único programa de doctorado en el campo. Mario Ojeda había estado dos años en la Universidad de Harvard como becario del Colegio, y hubo de regresar para suceder al primer director del Centro, Francisco Cuevas Cansino, en septiembre de 1962, dos meses antes de que la gran transformación del Colegio fuera reconocida legalmente, pues se había iniciado en 1958, cuando Daniel Cosío Villegas asumió la dirección de la institución, y cobró fuerza y presencia pública cuando llegó a la presidencia, en 1960, tras la muerte de Alfonso Reyes.

Lo cierto es que ni la transformación ni el crecimiento dieron fin a lazos y hábitos de la gran familia. Siguieron

en la vida cotidiana de la institución entre quienes habían estado ahí y, en muchos casos, fueron adoptados por quienes iban llegando, a medida que se integraban a la diaria convivencia. Si cuidar esas relaciones era importante para sentirse en casa, también lo era el encauzarlas y moderarlas cuando entorpecían la marcha de la institución y hacían más difícil y hasta imposible las negociaciones de un organismo moderno y modernizante. En esto Mario Ojeda fue sensible y diligente. En momentos en los que los habituados a viejas y exclusivas maneras podían resultar incómodos y hasta exasperantes, supo mediar y llevar las cosas por el lado jocoso y amable. Esa cualidad fue palpable en la crisis de 1980, “cuando El Colegio de México perdió su virginidad sindical”. Más de un desacuerdo entre colegas, conflictos matrimoniales y otros ingredientes propios de la convivencia eran materia incandescente y precipitante de reacciones emotivas, irracionales y negativas a la hora de discutir planes de acción y, sobre todo, a la hora de votar en las asambleas. Pues bien, Mario Ojeda, en compañía de Tilda su esposa, me consta, se dio a la tarea de visitar a los amargosos y disgustados para poner las cosas en su sitio, haciendo labor de zurcido invisible en el tejido institucional, raído en algunas de sus partes.

A esa labor doméstica, tan necesaria para la vida de la comunidad en crisis, acompañó otra de carácter externo, podríamos decir, para asegurar la facha, estima y autoestima del modelo institucional, que empezó a ponerse de moda en un mercado, no por limitado menos público y capaz de crear imitaciones de dudosa y desprestigian-te calidad. En 1978 cobró fuerza la idea de la descentralización del Colegio. Vieja idea que Luis González y González acogió e hizo posible creando una institución independiente, no una sede o sucursal, siguiendo el modelo de El Colegio de México. Lo hizo con el decidido apoyo de esta institución, del Centro de Investigaciones

\* Centro de Estudios Históricos, El Colegio de México.

<sup>1</sup> “La pasión del nido”, *Historia Mexicana*, vol. xxv, núm. 4 (100), abril-junio, 1976, pp. 530-598, p. 557.



Víctor L. Urquidi.

Superiores del Instituto Nacional de Antropología e Historia (CISINAH), de otras y del propio secretario de Educación Pública, Fernando Solana, y gracias, sobre todo, a su liderazgo académico e intelectual. El Colegio de Michoacán se asentó, como sabemos, en Zamora, donde fue inaugurado el 15 de enero de 1979. El éxito de la nueva casa atrajo la atención de muchos y el deseo de emular, apareciendo como fundador y como primer o eterno presidente. Algo que no era ajeno a personas estimables, en muchos casos, pero poco o nada comprometidas con la vida académica, obsesionadas en gran medida con la política local y nacional, o personas generosas, ya en retirada del mundo, dispuestas a donar una propiedad para que ahí se asentara El Colegio de... En fin, que hubo de todo. En ese juego surgieron proyectos que se pusieron a consideración de don Víctor Urquidi, presidente de El Colegio de México, quien los acogía con entusiasmo. Mario Ojeda, entusiasta de la vida académica como Víctor Urquidi, veía las cosas con más pragmatismo. Cuando se propuso, como ocurrió con Colima, establecer El Colegio de Colima, ofreciendo una gran propiedad como sede, y algunos otros los medios materiales e influencia política para lograr el decreto de creación, Mario Ojeda observó: “Primero hay que encontrar al Luis González de Colima y saber con qué se va a llenar esa casona.”

Sabía bien lo que decía, tenía años beneficiando con Jorge Bustamante un proyecto que se definió en trabajo sustantivo —de investigador— y de gestión, y que en 1982 resultó en El Colegio de la Frontera Norte, habiendo pasado por lo que fue el Programa y luego por el Centro de Estudios Fronterizos de El Colegio de México. Por ello veía con sano escepticismo los proyectos que no se sustentaban en el establecimiento de académicos comprometidos y debidamente organizados para asegurar el paso de puentes transexenales y los accidentes políticos.

Mario Ojeda fue apoyo de semejantes empresas, como lo fue Víctor Urquidi, ya que hablamos de presidentes de El Colegio de México. Pero en la percepción del quehacer cotidiano de las instituciones, Mario Ojeda capitalizaba experiencias menudas, útiles a la hora de la hora, como decimos coloquialmente. No entraré en detalle, sólo quiero señalar que ya en la presidencia, a partir de 1995, se personó ahí donde su presencia era requerida y procuró hacer ver que el modelo de la institución debía asumirse con evidencia y pleno convencimiento de su viabilidad. Escribió entonces unos “Requisitos de factibilidad para el establecimiento de institutos de investigación académica y enseñanza de posgrado en los estados de la República. (Elaborados con base en la experiencia de varios colegios a partir de 1979)”.<sup>2</sup>

Esa experiencia entonces de diez años, entre 1979 y 1989, podría considerarse ahora rebasada y obsoleta a la luz de lo que hemos visto en la gestión y transformación del Conacyt como coordinador de los Centros Públicos de Investigación, dispuesto en la Ley de Ciencia y Tecnología. Pero no es así: el envoltente de la organización administrativa, por bien diseñado y coactivamente respaldado que se halle, no suple la sustancia, esto es, la vocación y entrega personal en el quehacer y en el dejar hacer —no estorbar es importante— que corresponde al desempeño de las tareas de investigación y de administración académicas de las que hablaba Mario Ojeda.

Podría seguir hablándoles del esfuerzo cotidiano para hacer posible el aprovechamiento de recursos regateados y etiquetados, sobre la visión de lo que, siendo positivo, puede resultar deformante y hasta enajenante para la institución, pero sería inoportuno dado el poco tiempo con el que contamos ahora. Así que termino con lo siguiente:

Conocedor del medio político y administrativo del Estado mexicano, al que lo convocaron quienes sabían de sus capacidades y desempeño, Mario Ojeda guardó su sitio en la vida académica. Convencido también de que en quehaceres de la administración pública se logran conocimientos que no se alcanzan en el aula y en los libros, procuró atraer a quienes, al cabo de experiencias probadas, podían y querían dedicarse —no retirarse— a la vida académica. Quienes fueron acogidos lo fueron condicionalmente, sujetos a “la prueba del cubículo”, que muy pocos pasaron. Ahora recuerdo que sólo conocí a uno que la acreditó. Lo hizo con buen provecho para nuestra institución. Mario Ojeda estaba muy contento con ese logro, único, pero logro a fin de cuentas. **CS**

<sup>2</sup> Los expuso en la ceremonia de celebración del X Aniversario de fundación de El Colegio de Michoacán, el 15 de enero de 1989. Se publicaron en el número 14 del *Boletín* de dicha institución, pp. 27-33.

## Mi tutor

*When I was young, a couple of millennia ago,  
I used to think that I knew what I was doing.*  
Benjamin Black

Mi niñez transcurrió durante los gobiernos de Miguel Alemán y Adolfo Ruiz Cortines. En aquella lejana época, se usaba que en la escuela los alumnos disfrutaran lo que de todas maneras teníamos que hacer. Por eso, cuando en 1964 ingresé a las aulas de El Colegio de México, me encontré a mis anchas y, tras un sinnúmero de peripecias, conquisté la incomparable satisfacción de las obligaciones cumplidas.

En ese afortunado entorno, que diseñó el futuro de mi existencia, mis maestros ejercieron una influencia colosal. Haber sido alumno de Porfirio Muñoz Ledo, Luis Weckmann, Josefina Vázquez, Graciela de la Lama, Rafael Segovia, Olga Pellicer y María del Carmen Velázquez construyó dentro de mí el sólido andamiaje que ha permitido mi sobrevivencia intelectual, moral y —en un par de ocasiones— física. En tan brillante compañía, Mario Ojeda fue mi tutor académico y guía inigualable. Además disfruté intensamente nuestra amistad hasta el final de sus días y el inminente agotamiento de los míos.

Mario Ojeda me enseñó el orgullo de ser funcionario público. Ahora eso ya no se estila, pero en el Centro de Estudios Internacionales, albergado en un sencillo edificio de la calle de Guanajuato, en la colonia Roma de la ciudad de México, Ojeda predicó con el ejemplo y me contagió el anhelo de dedicarse a las labores oficiales, que en varias etapas de su ejemplar quehacer profesional él disfrutó enormemente.

Debo insistir en el goce del trabajo gubernamental, destreza cuyas claves Ojeda me transmitió. Años después,

\* Secretario ejecutivo del Consejo Estatal para la Cultura y las Artes del Estado de Puebla.

siendo ambos orgullosos embajadores de México, hacíamos referencia a ese rito de iniciación que tuvo la invaluable generosidad de compartir conmigo. Esto sucedió mientras cenábamos en París, comprábamos libros en Madrid, caminábamos en Cartagena o nos echábamos una copa en San Francisco. Su inimitable risa jarcha acompañó siempre tan sesudas cavilaciones.

No se trataba, por cierto, de una alianza ideológica. Nunca escuché a Ojeda aproximarse a la gestión pública desde una perspectiva partidista; tampoco recuerdo que haya jamás intentando convencerme de las virtudes de algún líder político. Su perspectiva del quehacer gubernamental provenía de sentimientos muy hondos, heredados de añejas tradiciones familiares y sociales difíciles de describir ante quien no las comparte. Allí estábamos en terreno abonado, dado que yo tuve en mi padre, el doctor y general Jesús Lozoya, un bastión inagotable de conciencia cívica.

A lo largo de mi azarosa carrera profesional, en muchos momentos de conflicto acudí a Ojeda para que nada más me oyera. Su atención era entonces total; volvía yo a ser el pupilo rebelde y un tanto pretencioso que metía la pata. Su encantadora esposa, Tilda Revah, estuvo también cerca durante algunas de esas circunstancias extremas, que incluyen cierto accidente automovilístico del que ambos me rescataron ileso, o casi.

Siempre que lo busqué, Mario Ojeda acudió, aunque anduviéramos —uno u otro— en algún remoto continente. Mientras escribo retorna su memoria, a la que tengo el más profundo cariño y agradecimiento. ❧



Mario Ojeda

# La “tesis Ojeda”

Estados Unidos reconoce y acepta la necesidad de México, aunque para los Estados Unidos sea importante, mas no fundamental. A cambio de ello México brinda su cooperación en todo aquello que, siendo fundamental o aun importante para los Estados Unidos, no lo es para el país.

Mario Ojeda, *Alcances y límites de la política exterior de México*, El Colegio de México, 1976 (cinco reimpresiones), p. 93.

Cuando en aulas o cubículos del Centro de Estudios Internacionales —que él dirigió— de El Colegio de México —que él presidió— se hace referencia a la “tesis Ojeda”, no es necesario enunciarla, todos saben que se trata de las líneas del párrafo anterior que, a su vez, son la síntesis y explicación de la política externa del México de la segunda postguerra mundial. Su autor, el profesor Mario Ojeda Gómez, acaba de fallecer y, por tanto, ésta es una ocasión adecuada para hacerle un reconocimiento a su capacidad explicativa de su momento y, finalmente, observar que el enunciado ya no rige porque tanto México como el sistema internacional han cambiado. Los últimos gobiernos mexicanos simplemente abandonaron el esfuerzo de preservar el espacio de independencia relativa heredado de la Revolución para plegarse a las posiciones norteamericanas como consecuencia de la acumulación de debilidades de nuestra economía, del fin de la Guerra Fría y de los compromisos contraídos con las firmas del Tratado de Libre Comercio de la América del Norte en 1994 y de la Iniciativa Mérida de 2007 más otros acuerdos con Washington.

Lo que se ha llamado la “tesis Ojeda” fue resultado de un examen detallado de la política exterior mexicana frente a la gran potencia hegemónica —Estados Unidos— en los tres decenios posteriores a la Segunda Guerra Mundial.

Ojeda observó esa realidad geopolítica de nuestro país desde la perspectiva de la escuela realista —no pasó en vano ocho años por la Secretaría de Gobernación y luego por los cursos en Harvard de dos “realistas”, Hans Morgenthau y Henry Kissinger, cuando fue a especializarse en la política exterior norteamericana. Con ese marco teórico se adentró en las tensiones y acomodados que tuvieron lugar entre Washington y México, especialmente en las décadas de 1960 y 1970. Se trató, por un lado, de la época dominada internacionalmente por la pugna Estados Unidos-URSS, por la aparición en América Latina de la Revolución cubana y de los intentos norteamericanos por acabarla y combatir sus reverberaciones en nuestra región. Por el otro lado, en el plano interno mexicano dominaron los choques de los gobiernos priistas con las oposiciones, especialmente con la izquierda. La dinámica de esos elementos, concluyó Ojeda, llevaron a que las tensiones entre México y su vecino del norte desembocaran en un acomodo informal pero funcional tanto para Washington como para los propósitos del régimen mexicano.

## *La mecánica de la tesis*

Para México, el entorno internacional posterior a 1945 fue uno dominado casi por completo por Estados Unidos, la única potencia que salió bien librada de la Segunda Guerra Mundial. Para entonces apenas si quedaban vestigios de la antigua influencia europea. Estados Unidos estaba obsesionado por su cruzada contra “el imperio del mal”: la URSS, pero las preocupaciones dominantes de los dirigentes mexicanos consistían en no involucrarse en la Guerra Fría para concentrarse en la industrialización protegida y en la preservación de un presidencialismo sin contrapesos. El discurso dominante en México era

\* Centro de Estudios Internacionales, El Colegio de México.



La Revolución cubana, una aliada.

uno de justicia social y respeto por las formas democráticas de gobierno, pero la práctica era la opuesta: sostener por todos los medios un monopolio del poder y los enormes privilegios de la élite dirigente.

Fue en su anticomunismo donde el interés de Washington y el del presidencialismo priista mexicano encontraron su punto de convergencia, sólo que mientras el anticomunismo del primero era abierto, el del segundo, no. El Washington imperial terminó por concluir que, para sostener la estabilidad del arreglo mexicano, se debería tolerar su carácter antidemocrático pero, además, se le debía tolerar también su discurso populista y nacionalista, y un cierto grado de independencia. Fue así como México logró una variante del viejo acuerdo informal Calles-Morrow de 1927-1928: una “dispensa” de la gran potencia para actuar de manera relativamente independiente en asuntos simbólicos, especialmente en la defensa del principio de no intervención, para así mantener la vitalidad del mito nacionalista empleado por el PRI como fuente de legitimidad. Algunos de los que entonces tomaban las decisiones en Washington terminaron por entender que la muy conveniente estabilidad política mexicana —la más notable de América Latina— requería que sus líderes disintieran públicamente de Estados Unidos en la OEA, se negaran a romper relaciones diplomáticas con la “Cuba de Castro” o consintieran que las embajadas de los países socialistas tuvieran una nómina muy superior a la que se requería para conducir los limitados contactos entre las partes. Para el gobierno mexicano, el dividendo extra de esta política era que La Habana no apoyara a la izquierda revolucionaria mexicana en su confrontación con el régimen priista.

La “tesis Ojeda” sostuvo que la estabilidad interna del sistema mexicano de la época requería mostrar que éste podía disentir de Estados Unidos en áreas que en la

práctica le eran importantes pero no fundamentales, pero que, en los asuntos realmente importantes para el vecino del norte, todos los gobiernos mexicanos le “brindarían su cooperación” y colaborarían con sus agencias de inteligencia, no interferirían con el bloqueo de la isla ni buscarían que las tesis mexicanas fueran adoptadas por otros.

Ojeda encontró que el talón de Aquiles de la independencia relativa de México era la creciente debilidad de su economía. Y tenía razón: la “política exterior activa” de México de los 1970 y 1980 terminó en humillantes pedidos de auxilio financiero a Estados Unidos. A lo anterior le seguiría, a partir de 1985, una combinación de neoliberalismo galopante, de abandono del crecimiento hacia adentro a favor del libre comercio, el fin de la Guerra Fría y del monopolio político del PRI, y el inicio de un proceso electoral competitivo. Todo desembocó en la decisión de los gobiernos del PRI y del PAN de abandonar el nacionalismo como fuente interna de legitimidad, y con ello debilitaron los supuestos en que descansaba la “tesis Ojeda” y los esfuerzos del gobierno mexicano por sostener una independencia relativa frente a Estados Unidos. Y así lo reconoció el propio Mario Ojeda en una de sus últimas obras: *México antes y después de la alternancia política: un testimonio* (México, El Colegio de México, 2004, pp. 36, 43-49).

### *Despedida*

Mario Ojeda Gómez optó por un compromiso incondicional y de fondo con la independencia del país y con las tareas de El Colegio de México. Su carrera es un ejemplo de lo que puede lograr un enfoque realista —teórico y práctico—, honesto y nacionalista de la política internacional y de la administración de lo académico. 

## *El compañero*

**E**stimado Mario, cómo rendirte un homenaje, cómo hablar de ti sin recordar tu serena mirada sobre el mundo, cómo encontrar el tono que diga la amistad que nos unió, la confianza que tuvimos, la libertad que compartimos para decir lo que sentimos, lo que pensamos, la seguridad de los hechos, las personas y los afectos que compartimos. Esta franqueza entre los dos nos la dio la vida, a pesar de la distancia de nuestros años. Cómo no recordar tu respeto por los demás, respeto que nunca mermó la firmeza en tus decisiones.

Tuviste la inteligencia de saber modular el tono y guardar la distancia entre tú y los otros, supiste franquear el prejuicio y permitirle a cada quien que diera de sí lo mejor que tenía. Mérito tuyo que la edad asentó y afianzaron los años. Supiste observar a los demás, recorrer el tiempo de los otros, mirarlos sereno y con humor, aun en la ironía de sus incoherencias.

Recuerdo nuestra caminata en París, a espaldas de la torre Eiffel, cuando te nombraron delegado permanente de México ante la UNESCO. Tomaste posesión de la representación pero no tenías casa, el cargo tenía una que el delegado anterior no quería regresar, en un exceso de patrimonialismo, de esa terquedad en la que a veces caen los funcionarios. Me platicaste el hecho con la sonrisa en la boca: no era el primero ni será el último, suele suceder, para quien cree que el puesto y lo que considera sus ventajas son lo único que tiene.

La confianza es sin duda la condición necesaria de la relación entre dos individuos; el respeto mutuo se edifica en el aprecio por el trabajo del otro, esa calidad que preserva la relación entre dos. Entre 1985 y 1995 presidiste El

Colegio de México. Un día me pediste que fuera a verte a tu oficina, me invitaste a formar parte de la comisión dictaminadora, como el miembro externo nombrado por el presidente: esa confianza me permitió conocer de cerca una de las instituciones académicas más importantes del país. Durante esos años estuve siempre abierto a la conversación con todos; ninguna duda de los que estábamos comprometidos con el mundo de El Colegio de México te fue ajena; siempre supimos que, para ti, la autoridad académica abreva en la seriedad del trabajo, condición que hace al presidente, al par de los académicos que dirige y a los que convoca a comprometerse con la institución a través del ejemplo y la firmeza.

Una institución académica no se domina, no se controla: se guía, se encauza. El reto para la autoridad es construir la solidaridad entre los miembros de su comunidad, edificar el orgullo de pertenecer a ella. Y en eso, tu esfuerzo fue fructífero.

\* \* \*

Mario nunca fue ajeno al mundo ni a su tiempo. No lo desbordó la ceguera de querer que la historia fuera lo que él habría querido: indagó y descubrió la que era: brutal y difícil. Su cautela de analista que observa, de inteligencia que busca saber y de investigador que escudriña, rastrea, sopesa, reflexiona y escribe, no mermó nunca su compromiso de ciudadano atento y justo. Escribir es el compromiso que ejerce el académico en la construcción del mundo, es actuar sobre el mundo, es edificar su razón y su memoria.

El Estado y la sociedad moderna construyen su razón de ser edificando, desde el campo académico e intelectual, la razón que los explica, la racionalidad que los conduce y rectifica. El conocimiento de los actos de

<sup>†</sup> Texto leído el 29 de abril de 2014, en el homenaje que rindió a la memoria de Mario Ojeda la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM.

\* Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM.



los que gobiernan es —debe ser— construcción de libertad ciudadana para los gobernados.

La lucha por la democracia es la batalla por la palabra. Por mantener las voces abiertas, las preguntas sobre el funcionamiento de las instituciones y la acción de los gobiernos. La política es un hecho social, y el mundo académico lo analiza y explica su sentido, que construye el largo plazo y los efectos de la acción que los gobernantes ejercen en la conducción de las instituciones del Estado. Escribir es romper el agobio de lo inmediato, es el compromiso con la libertad que los académicos tenemos en la sociedad.

Mario siempre dudó y fue distante con los que ejercen la ideología como práctica de conocimiento, con aquellos que se quedaron atrapados en los sistemas intelectuales autorreferenciales, con los que ya no se preguntan, los que “tienen” la verdad, que se repiten, que se reiteran en sus valores como los “justos” del mundo.

La razón de ser de la razón moderna es quedarse abierta, es volverse la pregunta que da origen a la explicación de los hechos. La racionalidad crítica construye la explicación del mundo sobre lo movedizo del tiempo, el cambio que acaba siempre en la duda que pregunta de nuevo. Si una relación ha sido compleja en nuestra historia es la relación diplomática con Cuba, tantas veces explicada y con tantas versiones “definitivas” a cuestas.

Una muestra de la lucidez de Mario Ojeda y del paciente compromiso por saber, por construir la explicación de lo complejo del mundo que le tocó vivir, es su texto *México y Cuba revolucionaria, cincuenta años de relación*, publicado por El Colegio de México en enero de 2009, libro en el cual se reconstruye la historia de una de las relaciones diplomáticas más complejas entre dos de los países de América

Latina. Esta relación condensó, en más de una ocasión, la compleja relación entre los bloques antagónicos durante la Guerra Fría y frente a la hegemonía norteamericana, que forma el telón de fondo en la lucha por la preservación de la autonomía y la soberanía nacional, relación que tuvo internamente el manejo de los gobiernos con la izquierda mexicana. Mario escribe desde la historia diplomática mexicana sin conceder tregua ni cuartel a las ideologías: desde esa historia que, a lo largo de la construcción de la soberanía, preservó nuestra autodeterminación en la compleja relación entre México, Cuba y Estados Unidos.

La diplomacia es también la inteligencia de los países militarmente débiles frente la desmesura legalizada e ilegítima de las metrópolis. La relación con Cuba fue también —hasta antes de que la destruyeran— uno de los recursos de política internacional de los gobiernos mexicanos frente a Estados Unidos, así como un recurso de legitimidad interna.

\* \* \*

Terminaré diciendo que, en una de las elegías más bellas de la literatura universal, Miguel Hernández le dice, en el espacio del poema, a su amigo Ramón Sijé la pena de su ausencia, la nostalgia que mantiene su recuerdo como parte de la vida.

Mario, déjame evocar, con él, lo que decirte quiero:

Hoy mis dudas requieren tu presencia,  
Hoy tenemos que hablar de muchas cosas,  
compañero de la vida tan cercano,  
compañero.

## Un hombre institucional

No seré solemne porque, estoy seguro, que a Mario Ojeda no le habría gustado. Tampoco voy a negar que me duele escribir sobre su ausencia, aunque ésta sea relativa, pues al final de cuentas Mario está, en distintas formas, entre nosotros: con sus amigos, sus colegas, sus alumnos. Anda por ahí, en los pasillos de este edificio al que contribuyó significativamente a construir tanto en lo material como en lo institucional. Estoy convencido de que Mario vivió feliz, muy feliz. La vida le dio mucho y, a la par, él le dio mucho a la vida.

Tuve el privilegio de conocer, convivir y trabajar con una persona excepcional. Puedo afirmar que, cuando menos, tuvo dos pasiones: El Colegio de México y su familia. A los dos les dedicó toda su fuerza, todo su ánimo, todo su corazón y toda su mente. Vivió para y por ellos.

No voy a abordar la parte de su producción académica, pues aquí se encuentran personalidades muy calificadas para hacer el análisis de sus diversas contribuciones. Prefiero recordarlo como el colega, como el amigo, como el jefe, como el ser entrañable que siempre fue. No me acuerdo dónde leí una frase —lo digo para que no se me acuse de plagio— que encaja muy bien en la personalidad de nuestro querido Mario: “Hay que ser serios para hablar con humor y tener humor para hablar en serio.” Él ejercía esta máxima magistralmente. Cuando llamaba la atención de algo que no le parecía, lo decía con tanta seriedad que, después de lo que pudo haber sido un regaño, uno quedaba hasta contento, sonriente. Otras veces, entre broma y broma, deslizaba críticas, por lo general justificadas, que eran, por definición, constructivas. Se le aprendía.

Me daré la licencia de narrar una anécdota personal que viene al caso: Mario era secretario general y el Colegio se encontraba todavía en Guanajuato 125, en la

colonia Roma. Una vez tuve el atrevimiento (explicado por alguna urgencia económica) de pedirle una cita y solicitarle un aumento de sueldo. Otros tiempos, otros usos y costumbres. Su respuesta fue rápida y directa: “Imposible, José Luis, no hay recursos. Pero si sabes de algún lugar que sí los tenga, me avisas para ir contigo.” Cuento una familiar: en las vísperas de sus bodas de oro (2005) le pregunté a Tilda: “¿Cómo has aguantado tanto tiempo a Mario?” Su respuesta: “Todavía me hace reír.”

Mario Ojeda tuvo visión institucional. Como Víctor Urquidí, su antecesor en la presidencia del Colegio. Ambos encabezaron esa transición que hizo de El Colegio de México una institución de largo aliento a partir de lo que era: una pequeña familia. Una institución que forma estudiantes de altísima calidad, que genera conocimientos, que compite con universidades de otros países al mismo nivel. No puede entenderse El Colegio de México de hoy sin Mario Ojeda. Siempre mirando hacia adelante.

Tal vez uno de los mejores ejemplos de ese alcance de miras es el fondo patrimonial de El Colegio de México. Mario asumió su primer periodo presidencial en un contexto cataclísmico, estrictamente hablando. El sismo del 85 había ocurrido un día antes de su toma de posesión. Habría que añadir que el país se encontraba en un enorme bache económico, explicado en parte por las desastrosas gestiones presidenciales de Echeverría y López Portillo. Cito a Mario: “A los dos o tres días de ser presidente, me llamaron de la SEP para decirme que nos iban a ‘pasar la charola’: por tanto, el subsidio gubernamental del Colegio se vería reducido en un momento en que la economía crecía a 0.18 por ciento en promedio.” Agrega: “Quedamos, después del charolazo, en los puros huesos.” (*Memorias*, p. 277).

Estas circunstancias adversas hicieron replantear la estrategia institucional de obtención de fondos, independientemente del subsidio otorgado por el gobierno

\* Centro de Estudios Sociológicos, El Colegio de México.



Mario Ojeda

federal. Era necesario obtener más recursos y que éstos no estuvieran etiquetados. Esto significaba darle libertad al Colegio para apoyar sus diversos programas e iniciar otros. Ante este dilema, un día lo llamó Carlos Salinas, entonces secretario de Programación y Presupuesto. Mario lo había conocido como estudiante de Harvard, y el día que se graduó le ofreció un brindis, junto con Tilda, por la obtención de su título. No eran amigos pero no eran extraños. Fue, simplemente, un gesto gentil.

Salinas, en su calidad de secretario, le preguntó si el Colegio contaba con algún fondo de recursos propios. La respuesta de Mario fue un rotundo no y la explicación era que, de tenerlo, la Secretaría de Hacienda haría los descuentos correspondientes, reduciendo el subsidio gubernamental a la institución. Entonces Salinas, como titular de SPP, se comprometió a no descontar nada y otorgar un peso por cada peso que se obtuviera de fuentes privadas para establecer un fondo especial. Salinas fue todavía más lejos: ofreció dos pesos por cada uno que se consiguiera para “iniciar sólidamente dicho fondo” (*Memorias*, p. 278).

Así es como nació el fondo patrimonial del Colegio. Pese a la crisis, el Colegio recabó 600 millones de pesos (viejos) provenientes de la administración de Miguel de la Madrid. Con el tiempo, el fondo creció de manera significativa, pues —Mario *dixit*— “dinero llama dinero”. Con motivo del cincuenta aniversario de El Colegio (1990), Salinas ya presidente anunció un donativo de diez millones de pesos. Esta aportación se conoció como “el salinazo”.

Resultaría inoportuno ahora contar cómo llegó Salinas a la presidencia; basta apuntar tan sólo que no todos veían en él a un presidente legítimo. Me consta que a Mario le preocupó mucho la visita que el presidente haría a nuestras instalaciones. Sin embargo no pasó nada. Con

el fondo, el Colegio empezó a tener un margen financiero más amplio, y toda la comunidad de la institución se vio beneficiada de una u otra forma, pese a que algunos lo condenaban: era “la claudicación del Colegio ante el poder”. Nada más alejado de la realidad.

En sus *Memorias*, en el primer párrafo del libro, nos dice que las escribió “para aclarar paradas”, como dicen en el norte, y para precisar cosas que no pudo explicar en su momento por la responsabilidad de los cargos que tuvo. Pone en su lugar a muchos. Pero su principio es claro: “Antepuse el interés institucional al honor y prestigio personales.” Esto explica, entre otras cosas, el salinazo, pues, en su visión, la institución tenía que salir avante, siempre fortalecida, siempre renovada, sin importar el costo personal. Esto no puede soslayarse.

Comparto a plenitud lo que escribió Jorge Bustamante hace unos días: la muerte de Mario Ojeda tiene alcance nacional porque, sin su inspiración y apoyo, no existirían varias instituciones de alta educación y de investigación científica. Por eso Mario tenía razón al decir que el Colegio ha mantenido su alto nivel de competencia académica, así como su independencia. Pese a los salinazos, agregaría yo. Para él —lo cito— “El Colegio siguió siendo la misma y noble institución. Éste fue mi máximo legado”.

Concluyo: Mario sigue entre nosotros. No se fue ni se irá. Le reconozco su austeridad, su bonhomía, su humor, su inteligencia, y ese sexto sentido que, durante la época del PRI, le permitió tener un espacio en el que el poder lo respetó tanto como él respetó al poder. Nunca mezcló la labor académica con otros menesteres. Lo veía impropio.

Sin su acuciosa dedicación y su esmerado empeño no podría entenderse el Colegio de hoy. El Colegio fue su pasión. Se le extrañará, en verdad se le extrañará por siempre a nuestro querido Mario Ojeda.

## Nuestro hombre libro

Una de las partes más emotivas de la novela *Fahrenheit 451*, de Ray Bradbury, es el encuentro de Montag, ya fugitivo, con la comunidad de los hombres libro. Aquellos exiliados del mundo que memorizan cada uno de ellos una obra maestra de la literatura, con la esperanza de que, llegado el momento, puedan volverse a imprimir los libros y haber salvado así la literatura universal y el alma de la cultura; hay hombres así, no sólo por ser hombres libro, que llevan consigo toda una cultura y un acervo venido de muchos lugares y de muchas lenguas, sino por su trabajo constante, serio, sin estridencias ni falsos oropeles; hombres así que construyen lo mejor de cada país durante generaciones. Así fue y así guardaremos en la memoria a Mario Ojeda.

Hace apenas unos días falleció, los diarios dieron cuenta del hecho y, desde luego, nadie esperaba que la noticia se volviera una tendencia en *twitter* o en otras redes sociales; nadie porque Ojeda era un hombre dedicado a su trabajo académico, el que cultivaba con el amor de un profesor de escuela y con la pasión de un intelectual; sereno e inteligente, formó a muchas generaciones de lo que hoy constituye lo más selecto de nuestra diplomacia, de nuestra crítica política y de nuestro análisis social. De su cátedra salieron académicos y embajadores, hombres de Estado y autores; de su gabinete de investigador, obras fundamentales para comprender el desarrollo internacional de nuestro pueblo, y de su trayectoria en la familia de las naciones, se puede decir, con absoluta certeza —de esas afirmaciones puntuales de las que hay muy pocas—, que no existe un sólo internacionalista en México que no haya sido sacudido por las páginas finas y veraces del hoy clásico *Alcances y límites de la política exterior de México*, por mencionar sólo su obra más conocida.

Ojeda, nacido en el estado de Veracruz, era un hombre de montaña con vistas al mar; un hombre de altísimos vuelos intelectuales, acostumbrado a ver el mundo desde la perspectiva privilegiada que su formación e inteligencia le proporcionaban y, al mismo tiempo, era un hombre para el que las fronteras no eran sino líneas imaginarias construidas por la historia y la conveniencia; apenas nada para quien sabía desempeñarse con soltura y comodidad entre todas las culturas.

Es muy significativo que Ojeda haya presidido El Colegio de México entre 1985 y 1994, toda una época en la que se fincaron las bases de muchos de los logros que hoy distinguen al Colmex, significativo porque de aquella Casa de España cuyas puertas abría Alfonso Reyes como un gesto de diálogo, madurez y convivencia con otras latitudes, haría Ojeda también un centro de conocimiento del mundo como fundador del Centro de Estudios Internacionales de El Colegio de México.

Mario Ojeda representa al modelo de mexicano universal, aquel que ha hecho tan profundamente suya la cultura nacional que descubre, fomenta y transmite en ella todo cuanto tiene de otras culturas y otras lenguas; profesor en universidades de Estados Unidos y Europa, embajador de México ante la UNESCO, Ojeda se marcha dejándonos la mejor enseñanza que puede legar un académico, la del ejemplo.

Con Ojeda se va también el hombre grato, la cálida e inteligente compañía que lo mismo alentaba a los estudiantes del primer semestre del Colmex que analizaba con rigor implacable la vida de nuestro pueblo en la comunidad de las naciones; lo mismo amigo y conversador que teórico y práctico de la diplomacia.

Adiós, pues, al maestro, al ejemplo, al amigo. Nos quedamos también con él, en sus obras y en su recuerdo, en la obra que dejó en el Colmex y en la grata memoria

\* Profesor de la Facultad de Derecho, UNAM.



El Colegio de México, en su sede desde 1976.

que dejó en el ámbito diplomático, cultural y educativo de nuestro país.

Mario Ojeda es, pues, el hombre libro, uno de los que nuestro país tanto necesita; es muy difícil saber qué libro habría elegido para memorizar de haber sido un persona-

je de la novela de Bradbury, pero si de algo estamos seguros es de que habría sido una obra agradable, abierta, con muchos personajes venidos de todo el mundo, con muchos escenarios posibles, todo para conocer más, saber más y tener un tesoro más grande que entregar a su pueblo. **CS**

## Mario Ojeda y sus amores

Hace apenas unos años Mario Ojeda confesó que él había tenido dos amores: su curso y su libro. Desde luego que escribió y compiló muchos libros, e impartió cursos en numerosas universidades, sobre todo fuera de México, pero todos sabemos que “su curso” es el que impartió a once generaciones de internacionalistas en el Centro de Estudios Internacionales de El Colegio de México —su extraordinaria “Introducción a las relaciones internacionales”— y que su libro es el indispensable *Alcances y límites de la política exterior de México*. Quiero recordar hoy al académico ejemplar, que nunca dejó de ser profesor e investigador, pero, sobre todo, al forjador de instituciones.

Ojeda pertenece a una generación, la misma de su colega y amigo Rafael Segovia, que dio a la enseñanza una importancia primordial. Eran los tiempos en los que el prestigio se forjaba fundamentalmente en las aulas. Exigente, porque rara vez ponía un diez (llevaba la cuenta exacta de cuántos había dado), pero al mismo tiempo un “trasatlántico”, como decíamos entonces, porque no creo que haya reprobado nunca a nadie. Frente a los cuestionamientos de sus alumnos, el maestro entrañable y paciente siempre prefería decir: “Sí, pero...” en vez de “No, porque...” Al asumir la presidencia del Colegio en 1985, preocupado por el poco tiempo que podría dedicar a los alumnos, me nombró profesora adjunta para su curso, una distinción que desde luego no olvidó.

Aunque nos dio a leer a muchos autores, su clase era sobre realismo político. Seguía de cerca a Morgenthau, su maestro, para enseñarnos a pensar el lugar de México en el mundo. Era natural, por lo tanto, que el profesor considerara necesario estudiar Estados Unidos y las relaciones de México con ese país, que fueron sus principales temas de investigación y que impulsó siempre que pudo.

Predicando con el ejemplo, dio vida, presencia y seriedad al estudio de las relaciones internacionales en México. No creo que haya, hoy por hoy, un internacionalista más apreciado, reconocido y leído que Mario Ojeda.

Disfrutó el magisterio y la investigación como pocas cosas, y sin embargo nunca pudo dedicarse plenamente a ellos porque el Colegio, una y otra vez, lo requería. Nunca buscó los puestos administrativos que ocupó, que fueron muchos. “Desde 1976 —escribe Ojeda en sus *Memorias*— había decidido no aceptar más un puesto administrativo.” Pero aunque hubiera preferido no hacerlo, los aceptó: por el Colegio. Mario Ojeda pertenece también a una generación que entendió perfectamente que la administración de las instituciones universitarias no es ni mera burocracia ni oportunidad para el beneficio personal o de grupo: es una delicada responsabilidad académica, un servicio importantísimo que se hace a la comunidad y sin el cual no existirían espacios para estudiar, enseñar y reflexionar apaciblemente, resguardados de la política y del financiamiento interesado.

Porque esos espacios, esos lugares, esas comunidades, hay que construirlos y preservarlos; alguien tiene que hacerlo. Y eso hizo Mario Ojeda, con incondicional entrega, como director del Centro de Estudios Internacionales, como secretario general, como coordinador general académico, como presidente del Colegio. Deben de haber sido por lo menos veinte años dedicados a que nosotros, los demás, pudiéramos disfrutar de las delicias de la academia.

Asumió enormes responsabilidades en tiempos difíciles: los del cierre del Colegio en 1980, los de la presidencia entre 1985 y 1995, en los que estuvo en riesgo la viabilidad misma del Colegio como lo conocemos. Logró que la institución eludiera la politización destructiva y sobreviviera a una crisis financiera severa y prolongada, combatiendo cotidianamente la creencia de muchos de

\* Centro de Estudios Internacionales, El Colegio de México.



que las instituciones son botines políticos y de que, si son públicas, hay que acabar con ellas.

“El mayor problema que tuve que enfrentar y que virtualmente me quitaba el sueño —escribe Ojeda— fue el de la pérdida de talentos.” El Sistema Nacional de Investigadores, decía, si bien había logrado reducir la fuga de cerebros, también introducía un sistema de “estímulos a la productividad” que “dejaba fuera la enseñanza” y en el que la asignación de becas quedaba no en manos de las universidades, sino del SNI. Un sistema que empezó a multiplicar el número de profesores que “escriben más de lo que leen”, como decía el profesor Ojeda, y a extender la idea de que “lo que no se había escrito en inglés no existía”.

Nadie más alejado de la afectación y la presunción que Mario Ojeda. Nadie más comprometido con una causa que él. Al final de cuentas, y a pesar de haber postergado tantas veces sus investigaciones y de haber tenido que

renunciar a su curso, dolorosas decisiones sin duda, creo que llegó al final de su vida plenamente satisfecho, porque siempre hizo lo que tenía que hacer.

Algunos académicos, como él, asumieron la responsabilidad de construir y engrandecer instituciones a fuerza de fidelidad. Sin compromisos como el suyo, El Colegio de México no sería lo que es. Con inteligencia y sentido común, también con sentido del humor, el profesor Ojeda fue uno de los grandes artífices de la sólida comunidad que hoy nos resguarda. Es un ejemplo de cuánto importa lo que se hace aquí, en el Colegio, y en el ámbito de la propia vida.

Creo que Mario Ojeda tuvo un solo amor: El Colegio de México. Fue su segundo hogar; Tilda dice que a veces era el primero. Porque su apuesta de vida fue el Colegio, esta comunidad vuelve a rendirle homenaje hoy. Por eso lo guardaremos siempre en la memoria y en el corazón. **CS**

# Bien hecho, a tiempo y con realismo

El profesor Ojeda, como nos referiríamos a don Mario prácticamente todos los miembros del Centro de Estudios Internacionales (CEI) por cerca de medio siglo, fue uno de los cuatro profesores que conocí el primer día en que crucé el umbral de Guanajuato 125. Se trataba, ni más ni menos, que de la última de las cuatro entrevistas que decidirían mi ingreso como estudiante a la licenciatura de Relaciones internacionales.

Me daba cierta tranquilidad el que, como director del Centro, había sido receptivo a mi petición de última hora de que me permitieran llegar a estas entrevistas nada menos que con seis horas de retraso en virtud del incumplimiento del horario de llegada, por entonces no muy frecuente, del *pullman* procedente de Guadalajara. Sabía del Colegio por sus publicaciones y contactos estrechos con un par de sus alumnos y ex alumnos. Pero nunca lo había visitado.

No dejé de tener algún temor por los comentarios sobre la dureza “de sus interrogatorios” que hacían en los pasillos algunos de los otros candidatos, que tal vez con ello querían poner nerviosos a los que veían como competidores. El temor prevaleció por algunos momentos en la entrevista, en la que el profesor Ojeda me interrogó muy concienzudamente sobre mi lectura de *La muerte de Artemio Cruz*. Creo que pude recobrar un poco hacia el final de ella.

Admitida en El Colegio, pronto percibí su mano firme, como director y profesor nada menos que del curso de “Introducción a las relaciones internacionales”; su esfuerzo por inculcar una fuerte disciplina de trabajo, en un grupo inquieto, la “*cool generation*”, como la denominaría un querido profesor visitante, Richard Fagen. Disciplina de trabajo que, no sin resistencias, ha seguido siendo característica de los estudiantes de nuestro Centro. No sólo se expresaba ese esfuerzo a través de los frecuentes, a veces

inesperados, controles de lecturas de un estilo muy harvardiano. También en las reglas claras e ineludibles para la entrega de trabajos. Establecía una hora y se sabía muy bien que cada retraso de sesenta minutos significaba una décima menos de calificación. Los trabajos en cualquier espacio, educativo o profesional, nos repetía nuestro querido y respetado profesor, deben entregarse bien hechos y a tiempo.

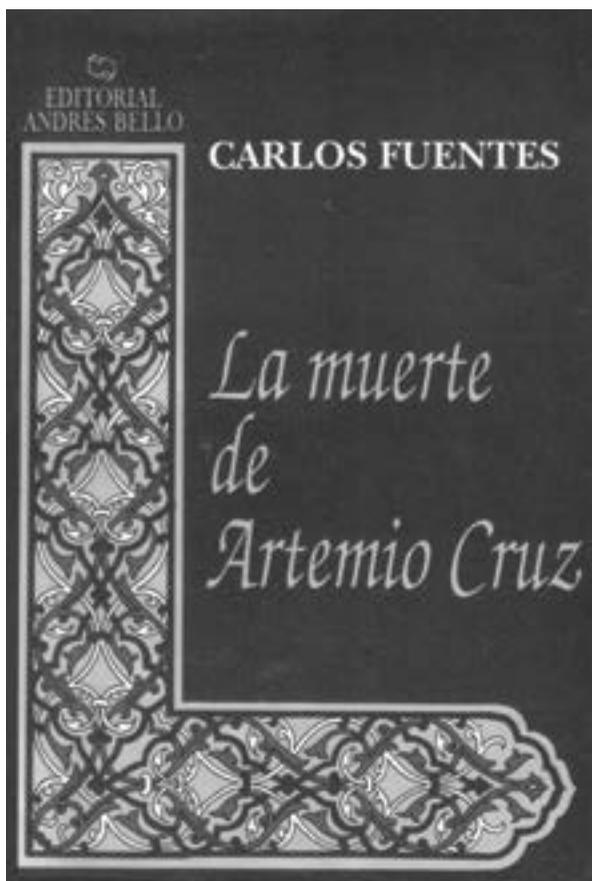
A la par de esa disciplina de trabajo, Mario Ojeda dejó en nosotros, al igual que en las generaciones siguientes que tuvieron la fortuna de asistir a su curso, una impronta, un sello indeleble, el realismo como perspectiva analítica. Leímos y discutimos la principal obra de Morgenthau de principio a fin. Aun aquellos ex alumnos, muchos de ellos destacados investigadores hoy día, que han optado por utilizar teorías alejadas del paradigma de la política del poder, dejan a veces traslucir ese sello.

Al igual que don Daniel Cosío Villegas, de quien tuvo igualmente la fortuna de ser alumna, el profesor Ojeda hizo énfasis en la necesidad de conocer bien, a fondo, a nuestro poderoso vecino del norte. A la par que subrayaba el poderío estadounidense y la gran asimetría existente entre los dos países, daba a entender que un buen conocimiento sobre la gran potencia vecina nos permitiría encontrar, digamos, los puntos débiles y las estrategias más adecuadas para tratar con el poderoso, para obtener esos márgenes de autonomía bien definidos en la denominada “fórmula Ojeda”.

De hecho, sus sugerencias precedieron por algunos años las recomendaciones de destacados teóricos institucionalistas liberales. En otras palabras, su perspectiva realista no lo llevaba al fatalismo de la necesidad de la obediencia ciega al poderoso.

Al contrario, más de una vez lo oí repetir que el mínimo grado de autonomía al que el Estado mexicano debía aspirar era a hacer lecturas propias del escenario interna-

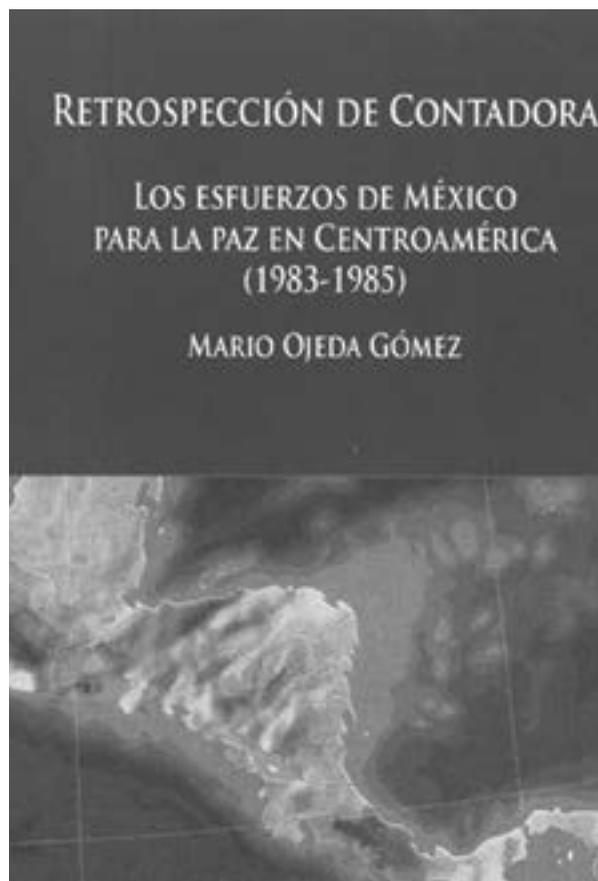
\* Centro de Estudios Internacionales, El Colegio de México.



cional y actuar en consecuencia; esto es, no permitir que otros fueran los que hicieran por él esa lectura. Éstas son algunas de las ideas centrales de su libro *La política exterior de México*, sin duda uno de los estudios clásicos de las relaciones internacionales de México y del que, sin duda, hablarán más extensamente mis colegas Ana Covarrubias y Celia Toro.

Este interés por alentar un mejor conocimiento de los Estados Unidos lo llevó a otra faceta de su andar académico: el apoyo a la creación de instituciones que se dedicaran a estudiar la dinámica fronteriza. No sólo impulsó la creación de El Colegio de la Frontera Norte (COLEF), sino que diligentemente, de manera constante, apoyó el fortalecimiento de esta institución que para consolidarse tuvo que vencer obstáculos fuertes y variados provenientes de los medios políticos locales y, a veces, de la burocracia federal. Me tocó ahí también ver de cerca —como miembro de la Junta Académica del COLEF por casi un decenio— la labor de apoyo de don Mario, ya fuese abierta o discreta, que le habría de ganar una bien merecida admiración y respeto de su comunidad académica.

Por esos mismos años tuve también otro tipo de acercamiento con la labor del profesor Ojeda: él como presi-



dente del Colegio, yo como primera y prácticamente novata directora del CEI, un centro predominantemente masculino. Fui así testigo directo de lo que don Mario se ufanaba con frecuencia: tener un Consejo de Directores integrado mayoritariamente por mujeres, que no podían quejarse del trato igualitario que recibían de quien tenía fama de ser algo machista. Más aún, me beneficié de un trato absolutamente respetuoso de la autonomía del CEI, cuando se hablaba de la tradición o, al menos se temía, que el presidente del Colegio ejerciera un peso preponderante en el Centro del cual procedía.

En esos años también me tocó ver de cerca la relación digna de don Mario con las autoridades gubernamentales. Aun en los momentos más críticos de la crisis económica de los ochenta, que golpeó inmisericordemente al Colmex, mantuvo una distancia —que él fácilmente habría podido vencer— porque, me diría después, eso habría redundado en una dependencia política a la que no estaba dispuesto a someter a esta institución.

Por todo ello, y por la invaluable oportunidad que nos dio don Mario de gozar por largo tiempo de la calidez y gentileza de Tilda Revah y de sus hijos, quiero decirle esta noche: gracias, profesor Ojeda. 

# Los orígenes de El Colegio de la Frontera Norte<sup>1</sup>

El Colegio de la Frontera Norte ha llegado a los veinticinco años de edad. Es ya una institución con historia. A mí me enorgullece ser parte de esa historia: desde la concepción de la idea y la elaboración del proyecto, hasta las gestiones para su establecimiento y su final puesta en marcha. En fechas recientes he sido testigo, ya no actor, de su consolidación gradual, como ahora lo soy de su arribo a la plena madurez. En El Colegio de la Frontera he sido también investigador visitante; miembro de su junta de gobierno y de su órgano de administración; conferencista frecuente, y amigo de la casa. Hasta un aula de la institución, inmerecidamente, lleva mi nombre. Éstas son las razones que me traen aquí a Tijuana para compartir con ustedes los actos conmemorativos.

Permítanme ahora referirles algunos antecedentes remotos de la historia de El Colegio, así como anécdotas interesantes, que resultan pertinentes para esta ocasión. Comenzaré por mi propia historia, no por otra cosa sino porque debo explicar el origen de mi interés por la frontera.

Desde edad temprana sentí curiosidad por Estados Unidos. Me nació, como a tantos niños mexicanos, de la lectura de nuestra historia. Ser vecino del coloso no era tarea fácil. Esta curiosidad me llevó a viajar a la frontera y a residir en Matamoros por espacio de un año. Tenía veinte años solamente.

Años más tarde, en 1957, siendo estudiante en la Universidad Nacional, escribí mi tesis de licenciatura sobre el tema de los braceros. La investigación para esta tesis me llevó a conocer los centros de contratación y los campos de trabajo, y me acercó más a la frontera.

En 1959 acudí a El Colegio de México atraído por una convocatoria para profesores jóvenes dispuestos a estu-

diar en el extranjero con el fin de formarse para constituir la planta docente de su nuevo Centro de Estudios Internacionales. La especialización debía ser por áreas geográficas y yo no dudé en escoger los Estados Unidos. Así fue como al año siguiente viajé a la Universidad de Harvard para estudiar la historia, economía, sociedad, gobierno y política exterior de este país. Fue entonces cuando leí un artículo de don Daniel Cosío Villegas titulado “De la necesidad de estudiar a los Estados Unidos”. En este artículo concluye que, si bien para todos los países del mundo es importante estudiar esa nación por ser la más rica y poderosa del mundo, para los mexicanos resulta indispensable dada la vecindad geográfica, las muchas ligas que nos unen y para saber negociar mejor con la gran potencia.

A mi regreso a El Colegio de México quedé como responsable del área de las relaciones con los Estados Unidos. Con el paso del tiempo, al profundizar en mis estudios, me fui interesando más y más en la frontera, al advertir que, en nuestra relación con Estados Unidos, ésta presentaba problemas específicos. Me surgió entonces la idea de que debería haber alguien en El Colegio de México que se encargara específicamente de estudiar estos asuntos. Yo fungía entonces como director del Centro de Estudios Internacionales y por lo tanto tenía la facultad y los medios para invitar a alguien a encargarse de ello. Sin embargo, no fue sino hasta tiempo después que la idea pudo materializarse.

A principios de los años setenta conocí a Jorge Bustamante en un programa de televisión en el que ambos participamos. Quedé muy bien impresionado de lo que dijo en su intervención y de inmediato pensé que él era la persona idónea para hacerse cargo de los estudios sobre la frontera en El Colegio de México. Lo invité y aceptó gustoso. Yo ya no era director de estudios y no tenía la facultad para hacer un nombramiento. Sin embargo me

<sup>1</sup> Manuel Ceballos Ramírez y Lina Ojeda Revah (comps.), *Voces de la Memoria / XXV Aniversario de El Colegio de la Frontera Norte*, Tijuana, El Colegio de la Frontera Norte, 2009.



Sede en Tijuana de El Colegio de la Frontera Norte, fundado en 1982.

desempeñaba como secretario general y tenía la capacidad para influir en ello.

En tal virtud, para la incorporación de Bustamante acudí con el entonces director de Estudios Internacionales, quien solía decir a todo que no y su respuesta fue negativa. Fui también con el director de Estudios Sociológicos, quien solía decir que sí a todo y su respuesta fue positiva. Fue así como el 1º de agosto de 1974 Bustamante ingresó finalmente a El Colegio de México. Yo hubiese querido que ingresara contratado por los dos centros. Así hubiera podido tener acceso a dos perspectivas de la frontera. Una, sociológica: la frontera como cuestión regional, y la otra, como un asunto de las relaciones con los Estados Unidos.

La primera contribución de Bustamante para El Colegio de México, en la materia para la que fue invitado, fue un estudio publicado en 1975 bajo el título de *Espaldas mojadas: materia prima para la expansión del capital norteamericano*.

Tiempo después se decidió crear un programa de estudios fronterizos que estuvo a cargo del propio Bustamante, quien se rodeó apenas si de unos cuantos ayudantes. Posteriormente se estableció, dentro del *Catálogo de publicaciones* de El Colegio de México, una colección especial para el Programa de Estudios Fronterizos, bajo el nombre de Frontera Norte. Esta colección alcanzó a publicar tres títulos, antes de convertirse en el Departamento de Publicaciones de lo que es hoy El Colegio de la Frontera. Los títulos son los siguientes: Jorge Bustamante y Francisco Malagamba, *México-Estados Unidos. Bibliografía general sobre estudios fronterizos*, 1980; Roque Gon-

zález Salazar (comp.), *La frontera del norte: integración y desarrollo*, 1981, y Mario Ojeda Gómez (comp.), *La administración del desarrollo de la frontera norte*, 1982.

Tiempo después de haberse establecido el Programa de Estudios Fronterizos surgió la idea de que era más lógico que este tipo de estudios se llevara a cabo en la propia frontera y se empezó a trabajar en esa dirección. Favorecía a esta idea el hecho de que El Colegio de México empezaba a descentralizarse. El 15 de enero de 1979 se había establecido formalmente en la ciudad de Zamora, bajo la presidencia del historiador Luis González, El Colegio de Michoacán. El proyecto lo había elaborado, en 1978, Roque González Salazar, quien por aquel entonces fungía como coordinador académico de El Colegio de México.

El propio González Salazar redactó ese mismo año un proyecto para la creación de un centro de estudios fronterizos en el norte de México. El proyecto fue presentado el 2 de febrero de 1979. González Salazar sugería como sede Monterrey, N.L., basándose en tres razones: descentralización de la ciudad de México, infraestructura académica amplia y estratégica ubicación (cerca de la zona fronteriza y con fácil comunicación al resto del país). González Salazar sugería también que se denominara al nuevo centro de estudios El Colegio de Nuevo León.

Poco tiempo después, ese mismo año, se celebró en Monterrey, bajo la organización de González Salazar y los auspicios de El Colegio de México y la Universidad Autónoma de Nuevo León, el Simposio Nacional sobre Estudios Fronterizos. Esta reunión tuvo una convocatoria muy amplia, un resonado éxito y una gran repercusión.



La frontera en Tijuana.

En consecuencia, para mediados de 1979 parecía claro que el proyecto de González Salazar habría de prevalecer. Sin embargo, vino un cambio de gobierno en Nuevo León y el proyecto topó con problemas. Por otra parte, a González Salazar lo nombran para un cargo importante en Relaciones Exteriores y se ve obligado a dejar el proyecto y el cargo en El Colegio de México.

El puesto de coordinador general académico recae en mi persona y poco tiempo después voy con Bustamante a ver a Eliseo Mendoza, subsecretario de Educación Superior, para continuar las gestiones para la creación de un centro de estudios fronterizos. Mendoza acepta, pero pone como condición la elaboración de un estudio de factibilidad.

Entre los resultados que arrojó el estudio de factibilidad estaba el que Tijuana era la ciudad indicada para establecer el centro de estudios fronterizos. Se había llegado a esa conclusión atendiendo a indicadores tales como cruces fronterizos, paso de trabajadores indocumentados y turismo fronterizo. (Desde luego no se incluyó recaudación aduanal cuyo volumen y valor más alto siempre ha estado en Nuevo Laredo).

El 31 de marzo de 1981 se somete el estudio de factibilidad a consideración del subsecretario de Educación Superior, Eliseo Mendoza, quien lo aprueba. El 10 de abril siguiente se firma un convenio entre la Secretaría de Educación Pública y El Colegio de México para el establecimiento, en Tijuana, de un centro de estudios fronterizos. Este centro va a nacer como una extensión de El Colegio de México, mientras se hacen las gestiones ante los otros

potenciales asociados de la nueva institución que se proyecta, fundamentalmente los de Baja California.

Aquí debo abrir un paréntesis para recordar el desempeño destacado que tuvo, en el proceso de nacimiento del centro, el Dr. Edmundo de Alba, director general de Educación Superior, quien desde un principio acogió el proyecto con simpatía y entusiasmo.

No fue sino hasta el 6 de agosto de 1982 cuando se firma el acta constitutiva del Centro de Estudios Fronterizos del Norte de México (Cefnomex), con la presencia del gobernador del estado y el subsecretario de Educación Superior. Finalmente, el 13 de noviembre siguiente se instala la Asamblea de Asociados con la presencia del gobernador y del subsecretario. Se formaliza así su nacimiento como una institución independiente.

Debo agregar, sin embargo, que una cosa fue el nacimiento formal de El Colegio de la Frontera y otra acreditarlo ante la comunidad que lo recibía. El hecho de que unos “chilangos vinieran a estudiarlos” no gustó a muchos tijuanaenses. Según me platicaron, un comentarista de radio en una ocasión dijo algo así como lo siguiente: “Ayer declaró a la prensa un tal Mario Ojeda que venía con su grupo a estudiar la frontera. Yo le digo a ese señor que aquí no necesitamos que nos estudien y que se regrese al lugar de donde vino, en el mismo tren que lo trajo.”

La acreditación del Cefnomex ante la comunidad fronteriza fue algo que vino, como es natural, gradual y paulatinamente. Mucho ayudó a ello la incorporación de talento local y la seriedad de sus estudios y de sus participaciones en actos locales.



La barda de la frontera en Tijuana.

El despegue de la nueva institución fue rápido. Fue muy importante para ello la fundación, casi al mismo tiempo, de dos programas que se convirtieron por razones lógicas en los interlocutores del Cefnomex del otro lado de la frontera: el Programa de Estudios Fronterizos de la Universidad de Texas, en abril de 1980, y el Center for U.S.-Mexican Studies de la Universidad de California en San Diego, en septiembre de ese mismo año. El primero capitaneado por Stanley Ross y el segundo, por Wayne Cornelius.

Bustamante organizó una serie de reuniones que fueron como la carta de presentación del Cefnomex a nivel nacional y ante la comunidad académica norteamericana, muy especialmente fronteriza. Dichas reuniones fueron las siguientes: una fue un seminario sobre la devaluación de 1982, celebrada en abril de ese año; otra sobre los procesos de integración-desintegración en las relaciones México-Estados Unidos, llevada a cabo en mayo siguiente, y la última, que fue “La Tercera Reunión de Universidades México-Estados Unidos sobre Estudios Fronterizos” y que se llevó a cabo en octubre de 1983, fue todo un éxito y tuvo una gran repercusión. A partir de entonces,

los investigadores del Cefnomex participaron con más frecuencia en las reuniones binacionales y en pie de igualdad tanto con sus colegas nacionales como norteamericanos. Es más, me atrevería a afirmar que desde entonces la presencia de nuestra institución en reuniones de México y Estados Unidos se hizo imprescindible.

En resumen, la historia de El Colegio de la Frontera Norte es la siguiente: el embrión nace con el ingreso de Jorge Bustamante a El Colegio de México para dedicarse por entero a los estudios de la frontera. Esto ocurre en agosto de 1974. Poco después se crea, en el mismo Colegio de México, un pequeño programa de estudios fronterizos bajo la coordinación de Bustamante. Con posterioridad se traslada este programa a Tijuana como una extensión de El Colegio de México. El 13 de noviembre de 1982 se constituye como institución independiente, con personalidad propia, bajo el nombre de Centro de Estudios Fronterizos del Norte de México. Finalmente, la institución se erige en El Colegio de la Frontera Norte, en pie de igualdad con los otros colegios y tal como la conocemos hoy día. El mérito original es de Jorge Bustamante. El de la consolidación, de todos ustedes. 

# Mi relación con Octavio Paz

En 1989 mi amigo el poeta Manuel Ulacia me presentó a Octavio Paz, con quien mantuve una relación hasta su muerte en 1998. En el primer encuentro con él me invitó a platicar en la biblioteca de su casa, en avenida Reforma, en uno de los dos edificios —uno frente a otro— construidos por Mario Pani.

La biblioteca estaba separada del departamento en el que vivía con su esposa, Marie-José; era el espacio de sus lecturas, de su escritura y de sus conversaciones, el lugar donde el poeta ejerció las tres formas de la palabra. Sin embargo, el rincón de sus libros, los que le obsequiaron André Breton, Luis Cernuda o Miguel Hernández, entre muchos otros, estaba en el interior de su casa; ése era el lugar íntimo en donde él se reencontraba con los versos que contenían los rostros de los poetas con quienes había convivido. Al salir de nuestra conversación me mostró ese espacio privado, suyo. Ése fue el lugar que se quemó, que como rito fúnebre incineró el azar, con toda la densidad cultural y privada que guardaba.

Nuestra relación continuó hasta el final de su vida y siempre fue entre dos individuos. Una relación cordial y digna. Le envié el primer poemario que publiqué, lo leyó y lo que me dijo sobre los poemas fue y es la materia sólida de una convicción: la de saberse poeta. Conmigo tuvo la generosidad de la madurez y la firmeza del tiempo.

Pasaron los años y continuamos hablando de política y de poesía. Ambas son la sustancia prima de lo humano: el sentimiento agónico y oscuro del poder, y la necesidad eterna por lo bello y lo claro. Estas dos pulsiones humanas están siempre en conflicto, son lo que da forma al sentimiento contradictorio de la unidad desgarrada de la vida, dan sentido a la sociedad y al alma, y las dos se acompañan, en pugna siempre, dando forma a la historia y a la biografía.

En 1996 me envió su último libro, *Reflejos: réplicas*, con la dedicatoria del testigo que condensa en las palabras

el trayecto de nuestro camino: reflexión y poesía, las dos raíces de la condición humana.

En la dedicatoria me dijo:

A Ricardo Pozas,  
que traza  
puentes entre la poesía y  
la reflexión.  
Seránis.  
Octavio Paz

REFLEJOS: RÉPLICAS

Diálogos con Francisco de Quevedo



centenario  
OCTAVIO PAZ  
1914-2014



Octavio Paz.

# VOICES of Mexico

CISAN-UNAM

Issue 97

Autumn-Winter 2013-2014

## MAGAZINE

Published entirely  
in English, brings you  
essays, articles and  
reports about the  
economy, politics,  
the environment,  
international relations  
and the arts.

---

**Published three times a year**

### Subscriptions

Mexico \$140.00 M.N.

United States and Canada US\$ 30.00 dls.

Other Countries US\$ 55.00 dls.

---

Torre II de Humanidades, piso 10,  
Círculo interior de Ciudad Universitaria,  
México, D.F., c.p. 04510.  
Telephone (011 5255) 5623 0308  
5623 0281

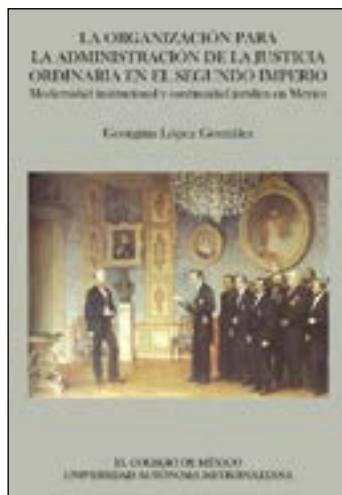
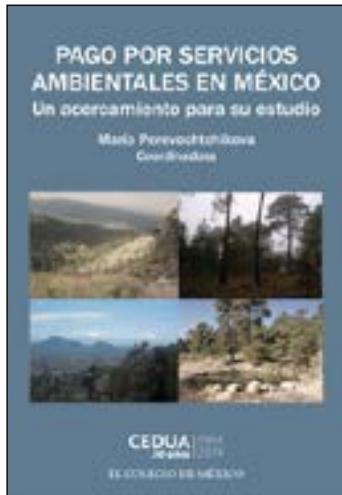
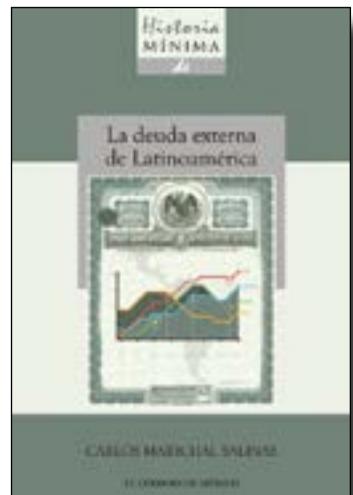
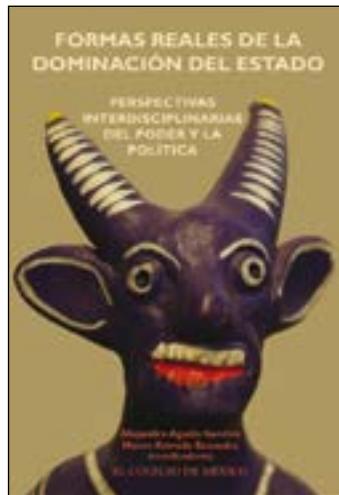
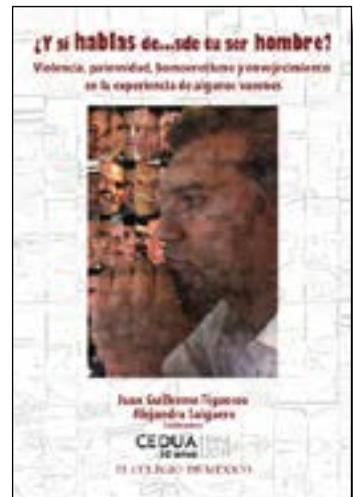
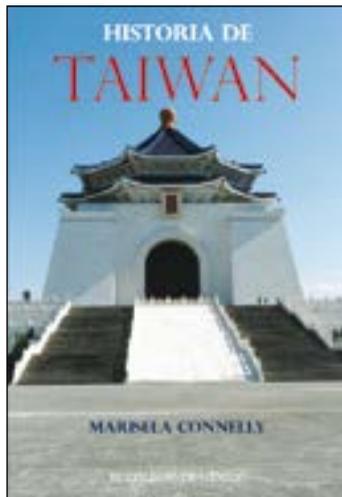
[voicesmx@unam.mx](mailto:voicesmx@unam.mx)

[www.revistascisan.unam.mx/Voices/](http://www.revistascisan.unam.mx/Voices/)

BACK ISSUES AVAILABLE  
WRITE US FOR A FREE COPY

Maria Tello, *A Poem with Loop*  
Photo by José Armando González Canto





**El Colegio de México, A. C.,**  
Dirección de Publicaciones, Camino al Ajusco 20,  
Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D. F.  
Para mayores informes:  
Tel. 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,  
Fax: 5449 3000, ext. 3157 o Correo electrónico:  
publicolmex@colmex.mx